

Furia Feroz

J. G.
BALLARD

CRIMEN Y MISTERIO

Lectulandia

En una urbanización de superlujo en Londres viven unas pocas familias. Su vida se rige por una planificación que pretende dar a sus hijos el ambiente más favorable para su crecimiento. Pero una mañana todos los adultos aparecen asesinados y los niños han desaparecido.

La policía recurre al psiquiatra Richard Greville, que llegará a la más terrible de las conclusiones.

Ballard vuelve con esta novela al mundo de Rascacielos y a un estilo hiperrealista y detallado. ¿Quién llevó a cabo los asesinatos? ¿Por qué? ¿Cómo pudo ejecutarlos en unos veinte minutos? ¿Por qué secuestró a todos los niños? ¿Cómo es posible que nadie haya escapado?

Para no frustrar a los potenciales lectores, no se puede contar más.

Lectulandia

J. G. Ballard

Furia feroz

ePub r1.0

Titivillus 06.12.17

Título original: *Running Wild*
J. G. Ballard, 1988
Traducción: Marcial Souto

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

De los diarios forenses del doctor Richard Greville, asesor psiquiátrico adjunto Policía de Londres

25 de agosto de 1988. ¿Por dónde empezar? Tanto se ha escrito sobre la masacre de Pangbourne, como se la conoce ahora en la prensa popular de todo el mundo, que me resulta difícil ver con claridad ese trágico suceso. En los últimos dos meses ha habido tantos programas de televisión acerca de los treinta y dos residentes asesinados en esa urbanización exclusiva del oeste de Londres, y tantas conjeturas acerca del secuestro de sus trece hijos, que casi no queda espacio para una sola hipótesis nueva.

Sin embargo, como me aseguró el secretario permanente en el Ministerio del Interior esta mañana, casi no se sabe nada sobre los móviles y la identidad de los asesinos.

—Digo «asesinos», doctor Greville, pero pudo ser uno solo. Me aseguran que puede haber hecho todo eso un fanático de las artes marciales. —Sentado debajo del retrato de su predecesor más ilustre, siguió hablando en tono pesimista—. Y en cuanto al paradero de los niños huérfanos, sólo sabemos que han desaparecido por alguna ventana del tiempo y el espacio. No ha habido ninguna llamada exigiendo un rescate, ni siquiera una simple amenaza de matarlos...

Parecía casi ofendido.

—De todos modos —comenté—, creo que debemos suponer que todavía están vivos.

—¿En serio? Si quiere que le sea sincero, doctor, preferiría que no diera nada por supuesto. Por eso lo hemos llamado.

Me clavó una mirada sin esperanza, lamentando ya la decisión. Como bien sabíamos los dos, el hecho de que me hicieran ir al Ministerio del Interior, después de mi poco popular informe crítico sobre los asesinatos de Hungerford, era para mí menos un cumplido que un comentario sobre el fracaso de la policía, la Brigada de Investigación Criminal y los servicios de información para conseguir siquiera una sola pista sobre los orígenes de ese espantoso crimen.

Tan perplejo como el secretario permanente, lo único que se me ocurrió fue pedirle permiso para visitar la escena del crimen en Pangbourne Village. La urbanización de lujo seguía cerrada para la prensa y el público, pero había desfilado por ella un pesado ejército de investigadores. Esperé mientras él ponía un garabato en mi pase, cargado con dos maletines del Ministerio del Interior llenos de documentos probablemente inservibles. Entonces recordé los cómodos asientos de la sala de proyección en el sótano de Whitehall y se me ocurrió preguntarle si podría ver el vídeo policial grabado en Pangbourne pocas horas después del crimen.

—¿El vídeo policial? De acuerdo, aunque es muy duro. Pero después de Hungerford supongo que tendrá estómago para soportarlo...

Irritado por su tono, estuve a punto de negarme a verlo. Los funcionarios de alto

rango tanto del Ministerio del Interior como de Scotland Yard me consideraban un inconformista peligroso, con excesiva tendencia al pensamiento lateral y propenso a salir con un descubrimiento bochornoso tras otro. Mirándolo ahora mientras reviso estos diarios para publicarlos, me doy cuenta de que fue allí, en la sala de proyección vacía, donde vislumbré por primera vez las verdaderas causas de la masacre de Pangbourne. Si no supe interpretar lo que vi, y si en el transcurso de la investigación parezco tardar demasiado en identificar a los culpables, sólo puedo alegar que lo que ahora parece evidente no lo era de ningún modo en aquel momento. Mi incapacidad para reconocer lo obvio, compartida con casi todos los que han intervenido en el caso, da una idea de la magnitud del verdadero misterio de la masacre de Pangbourne.

El vídeo policial

COMO millones de telespectadores, yo ya había visto extractos de la película en numerosos documentales acerca de la masacre, y casi no esperaba ninguna revelación repentina. Sin embargo, en cuanto me relajé en la sala de proyección me di cuenta de lo extraordinaria que era esa película, y de lo bien que transmitía la curiosa atmósfera de Pangbourne Village: a su manera elegante y civilizada, una escena del crimen esperando a que se cometiera el asesinato.

La cinta de veintiocho minutos había sido rodada por oficiales de la Brigada de Investigación Criminal de Reading apenas pasadas las once de la mañana del 25 de junio de 1988, unas tres horas después de los asesinatos. Por fortuna, no hay banda sonora, y uno se alegra de que no sea necesaria, a diferencia de los programas de televisión con sus comentarios intimidantes llenos de conjeturas morbosas. Ese estilo minimalista de la cámara se ajusta con exactitud al tema, el sol sin sombras del verano y las fachadas casi vacías de aquellas lujosas casas: todo resulta extrañamente aséptico, desprovisto de cualquier emoción, y uno tiene la sensación de estar visitando un conjunto de laboratorios en un parque científico de alta tecnología donde no se emplean operarios humanos.

La película empieza junto a la caseta del guarda que controlaba el acceso a las diez mansiones, al club de recreo y al gimnasio que componían la urbanización. El medallón de la empresa de seguridad privada se ve junto al micrófono de los visitantes, pero no hay rastros del guarda de seguridad uniformado que solía verse sentado detrás de la ventanilla.

La cámara gira y muestra la furgoneta de reparto de los vinateros de la zona que la policía ha estacionado entre los árboles ornamentales, al borde del césped. El conductor, un joven pálido de poco más de veinte años, mira con desánimo los profundos surcos producidos en la hierba perfectamente recortada, como si tuviera que pagar de su bolsillo los costes de restauración de esa superficie alguna vez inmaculada. Era él quien había dado la voz de alarma, después de descubrir el primer cuerpo cuando iba a entregar una caja de Borgoña blanco en la casa Garfield (número 3 de La Avenida).

La cámara se detiene en él, y como un actor mal preparado echa a andar hacia la caseta del guarda, mientras un tic le atraviesa la cetrina mejilla. Señala la puerta y un policía uniformado abre el panel de cristal blindado para mostrar el interior de la oficina.

Hay un guarda de seguridad tendido en el suelo debajo de la fila de monitores de televisión, las pantallas muestran una ventisca de nieve. Alguien ha cortado el cable que sale de las cámaras de vigilancia instaladas por toda la urbanización, pero es evidente que el agente Turner no tuvo tiempo de llegar al teléfono cuyo cable cortado cuelga del escritorio por encima de su cabeza. Con los brazos inmovilizados, yace dentro de un extraño artilugio de cuerdas y varas de bambú, el cuello aprisionado en

un calibrador de acero, como si en los momentos de aburrimiento hubiera estado construyendo una cometa en forma de caja para uno de los niños mimados de la urbanización y hubiera quedado atrapado en su interior.

De hecho, como puedo deducir por las contusiones amoratadas que tiene en la garganta, se ha estrangulado a sí mismo después de quedar apresado en ese juguete letal que el asesino le echó sobre los hombros, con *los nudos* corredizos dobles que le apretaban el cuello mientras él forcejeaba para liberar los brazos y las piernas.

La cámara deja la caseta del guarda y avanza por La Avenida, el camino bordeado de árboles por el que se entra a la urbanización. Las espléndidas mansiones se elevan ante los amplios céspedes delanteros, separadas entre sí por cortinas de arbustos ornamentales y muros secos. La luz es opaca pero extraordinariamente uniforme, consecuencia de la generosa distribución del espacio (más o menos dos acres por casa) y la ausencia de esos baratos abetos plateados que proyectan lúgubres sombras sobre las fachadas imitación Tudor de tantas urbanizaciones para ejecutivos en el Valle del Támesis.

Al mismo tiempo, en Pangbourne Village reina un tono aséptico, como si esos directivos de empresa, esos financieros y esos magnates de la televisión hubieran conseguido preservar a su Parnaso privado de todo tipo de suciedad y desorden. Allí hasta las hojas caídas parecen disfrutar de excesiva libertad. En su momento vivieron trece niños en esas casas, pero resulta difícil imaginarlos jugando.

Por una vez, lamentablemente, las laderas verde pálido del Parnaso están manchadas por un tinte más oscuro. La cámara de la policía gira para inspeccionar el Mercedes de la familia Garfield en el camino de acceso número 3. Roger Garfield, banquero cincuentón, está sentado en el asiento trasero, la cabeza apoyada en el altavoz estéreo como para pescar alguna nota fugaz. Es un hombre de ancho tórax con un estómago bien alimentado y piernas fuertes que han pasado atroces horas pedaleando en una bicicleta estática. Le han disparado dos veces al pecho con una pistola de pequeño calibre. Casi tan sorprendente, no lleva pantalones, y unas huellas ensangrentadas que salen de la casa indican que fue atacado mientras se vestía después de la ducha matinal. De algún modo había conseguido bajar y refugiarse en el coche. Quizá su mente confusa seguía creyendo que lo llevarían a su oficina en la City de Londres.

Pero el Mercedes no iba a ninguna parte. Habían matado a tiros al conductor de Garfield poco después de hacer lo mismo con su jefe. Un hombre canoso de uniforme negro, el señor Poole, está tendido boca abajo en un arriate de cañacoros rojizos junto a la puerta principal, con la gorra todavía en la mano derecha.

La cámara hace una pausa sobre él y a continuación se adentra en la casa por la puerta abierta, siguiendo las pisadas ensangrentadas. Garfield y su mujer habían hecho muchos viajes a Hong Kong, y las habitaciones están llenas de objetos chinos: sobre los muebles oscuros hay grandes jarrones de porcelana y pares de caballos de la dinastía Ming y estatuillas de jade. Curiosamente, nada de eso está fuera de su sitio,

lo que hace pensar que los asesinos abordaron a las víctimas sin sorprenderlas. La asistente, la señora West, yace muerta debajo de la repisa de mármol de la sala, interrumpida mientras hacía la limpieza. En un baño del piso superior, la cámara descubre a la señora Garfield, una mujer guapa de poco menos de cincuenta años, desplomada contra la puerta de cristal de la ducha, con el cepillo de dientes amarillo todavía en la mano.

Había desaparecido todo rastro de Alexander, el hijo de los Garfield de dieciséis años. No se detectaba ningún desorden en su dormitorio, su estudio y su cuarto de baño. Sólo en la sangre de la madre que corría por las baldosas del baño se veían las huellas que habían dejado las zapatillas deportivas de Alexander en el momento en que lo atraparon y se lo llevaron sus secuestradores.

El vídeo policial continúa con su cruda naturalidad. La cámara deja a Garfield sentado en su Mercedes y enfoca por encima del sereno césped el siguiente cuadro macabro. Cuando los dos agentes que están delante de la casa de los Reade (La Avenida, número 1) se apartan del porche porticado, la cámara muestra el espléndido interior de la casa del magnate inmobiliario, tan repleto de muebles franceses y objetos de arte que parece una de las salas más grandes de la Wallace Collection. Sin embargo, no han saqueado una sola vitrina ni han roto un plato de Sèvres ni derribado un reloj de bronce *ormolu* del pedestal.

En efecto, el señor y la señora Reade están sentados a la mesa del desayuno en el comedor, recostados en las sillas en extremos opuestos del rectángulo lacado, como si por un momento los hubiera abrumado la tranquilidad y la riqueza de la vida que se han organizado. Ambos han recibido eficaces disparos de los agresores, desde una distancia tan corta que ni se han movido los cubiertos puestos junto a las servilletas. Sólo los de las hijas de los Reade, Annabel y Gail, se han esparcido por el suelo mientras esas niñas huérfanas intentaban con desesperación resistirse a sus raptos.

La cámara reanuda su triste recorrido. Cuando llega a la tercera casa, el edificio inspirado en Gropius de un distinguido concertista de piano, la secuencia de entradas, muertes y salidas *empieza* a parecer una exposición de pesadillas sin fin. Casa por casa, los asesinos habían recorrido con rapidez la urbanización aquella tranquila mañana de junio, asesinando a los propietarios, a sus chóferes y a sus criados *antes* de raptar a sus trece hijos. Maridos y mujeres fueron matados a tiros en las camas todavía tibias, acuchillados en la ducha, electrocutados en el baño o aplastados contra *las* puertas del garaje por su propio coche. En un período que según todos los cálculos no había superado los veinte minutos habían matado de manera salvaje pero eficaz a unas treinta y dos personas.

Pero al terminar la película, con una visita al puesto de guardia exterior, donde habían asesinado al segundo policía con un solo disparo de ballesta, me llamó la atención lo distante que se mantenía Pangbourne Village de aquel día de muerte. Habían despachado a los propietarios de esas residencias elegantes con el menor daño posible a su estructura, como si la fachada profesional y de clase media-alta fuera su

sustancia más sólida y duradera.

Indiferente a las vidas y a las muertes negociadas dentro de sus paredes, Pangbourne Village resistiría. Una vez que estuviera resuelto el misterio de la matanza y el secuestro, tarea en apariencia imposible y de la que me habían hecho cargo, pronto buscarían un nuevo reparto de inquilinos para llenar aquellas tranquilas salas. No sé por qué, pero cuando abandoné la sala de proyección y salí al estruendo del tráfico de una noche de Whitehall, sentí un escalofrío al pensar en esos nuevos moradores.

Pangbourne Village

HABIENDO agotado el sistema nervioso central con el vídeo de la policía, regresé a mi despacho en el Instituto de Psiquiatría y traté de calmarme mirando los orígenes y la creación de Pangbourne Village. Pangbourne, pequeño pueblo de Berkshire, está ocho kilómetros al noroeste de Reading y aproximadamente cuarenta y cinco kilómetros al oeste de Londres. A pesar de su nombre, la urbanización Pangbourne Village no se levantó cerca del emplazamiento de ningún pueblo o aldea del pasado o el presente. Al igual que las numerosas urbanizaciones para ejecutivos construidas en los años ochenta en zonas de tierras de labranza recalificadas de forma irregular entre Reading y el río Támesis, Pangbourne Village no tenía ninguna relación social, histórica ni cívica con el propio Pangbourne.

La principal atracción para Camelot Holdings Ltd., los arquitectos y promotores inmobiliarios, era la cercanía de la autopista M4 y el rápido acceso al aeropuerto de Heathrow y al centro de Londres, facilidades que pueden haber beneficiado a los asesinos y secuestradores. Todos los residentes de Pangbourne Village trabajaban en el centro de Londres o en el Silicon Valley de empresas informáticas de alta tecnología que bordean el corredor de la M4. Pangbourne Village no es más que la última (terminada en 1985) y más cara (las diez casas, todas con piscina, sala de proyección y caballeriza opcional, se habían vendido por aproximadamente 590.000 libras por unidad) de un número de urbanizaciones similares en Berkshire que dan alojamiento a profesionales de alto rango —abogados, corredores de Bolsa, banqueros— y sus familias.

Protegidas por altos muros y cámaras de vigilancia, esas urbanizaciones constituyen de hecho una cadena de comunidades cerradas cuyos cordones umbilicales siguen directamente la M4 hasta los despachos y consultorios, restaurantes y clínicas privadas del centro de Londres. Se mantienen totalmente aparte de su vecindario, salvo por una pequeña clase inferior —cuidadosamente elegida— de chóferes, asistentes y jardineros que se encargan de conservar impecables las urbanizaciones. Sus hijos sólo se mezclan entre ellos en colegios de pago exclusivos o en clubes deportivos suntuosamente equipados, situados dentro de las urbanizaciones. Pangbourne Village sólo se distingue por haber llevado esas tendencias generales hasta una autonomía casi total. Toda la urbanización, que cubre poco más de doce hectáreas, está rodeada por una alambrada dotada de alarmas eléctricas, y hasta los trágicos asesinatos contaba con la patrulla de perros guardianes y entrenadores provistos de radio. Sólo se podía entrar en la urbanización mediante cita previa, y cámaras de televisión dirigidas por control remoto recorrían las avenidas y los caminos de acceso. Todos los policías involucrados en la investigación coinciden en que la penetración de esas defensas por un grupo grande de asesinos fue un hecho extraordinario, que todavía carece de explicación.

Los residentes

ME concentré en la lista de víctimas, revisando los detallados expedientes que el Servicio de Información de la Policía había recopilado con la esperanza de que las identidades de los residentes asesinados pudieran sugerir alguna pista esquivada. Por mis manos pasaron los grupos de fotografías, entradas del *Quién es quién*, las fotocopias de los certificados de nacimiento y de matrimonio, las carteras de acciones y extractos de cuentas bancadas, los títulos académicos y *honoris causa*, el historial de vidas talentosas que habían acabado de manera tan brutal.

La Avenida, n.º 1. *Julián Reade*, 43 años, presidente de Reade Investments. *Doctora Miriam Reade*, 41 años, otorrinolaringóloga, *Wimpole Street*. Asesinados a tiros. 2 hijas; Annabel, 16 años, y Gail, 15 años.

La Avenida, n.º 2. *Charles Ogilvy*, 47 años, asegurador de Lloyds; secretario honorario del Pangbourne Polo Club. *Margaret Ogilvy*, 42 años. Asesinados a tiros. 1 hijo: Jasper, 17.

La Avenida, n.º 3. *Roger Garfield*, 52 años, banquero. *Helen Garfield*, 47 años, propietaria de Pedigree Kennels, Windsor. Asesinados a tiros. 1 hijo: Alexander, 16 años.

La Avenida, n.º 4. *David Miller*, 49 años, corredor de Bolsa. *Elizabeth Miller*, 46 años. Electrocutados. 1 hijo: Robin, 13 años. 1 hija: Marión, 8 años.

La Avenida, n.º 5. *Doctor Harold Maxted*, 54 años, psiquiatra, Harley Street. *Doctora Edwina Maxted*, 48 años, psiquiatra, High Street, Kensington. Aplastados por un coche. 1 hijo: Jeremy, 17 años.

La Avenida, n.º 6. *Margot Winterton*, 48 años, concertista de piano. *Richard Winterton*, 57 años, director de Winterton Arrangements Ltd.

Asesinados a tiros.

Sin hijos.

La Colina. *Richard Sterling*, 49 años, alto directivo de EduCable, concesionaria de televisión en la zona de Oxford. *Carole Sterling*, 42 años, exlocutora de ITN, *Asfixiados*.

1 hijo: Roger, 15 años.

La Colina. *Andrew Lymington*, 38 años, presidente de Leisure Marine Ltd., expiloto de carreras, en 1982 campeón de lancha motora en Australia Occidental. *Sheila Lymington*, 37 años, expatinadora profesional sobre hielo.

Asesinados a tiros.

1 hijo: Graham, 15 años. 1 hija: Amanda, 14 años.

La Colina. *Ernest Sanger*, 57 años, presidente de Sanger Finance. Propietario de Windsor World Theme Park, Slough. *Deirdre Sanger*, 54 años, directora gerente de She-She Fashions, Brent Cross. *Asesinados a tiros*.

1 hijo: Mark, 16 años.

La Colina. *Graham Zest*, 46 años, presidente de Zest Health Foods. *Beverly Zest*, 42 años, secretaria de la empresa Zest Health Foods.

Asesinados con una ballesta.

1 hijo: Andrew, 16 años. 1 hija: Emma, 15 años.

La más profunda investigación de los antecedentes de esos hombres y mujeres asesinados no reveló ningún factor común que pudiera justificar un ataque a gran escala. Se ha podido reconstruir el carácter responsable de los padres y la generosa calidad de la vida familiar mediante los abundantes testimonios de los sirvientes domésticos que afortunadamente estaban ausentes el 25 de junio (un sábado y día de descanso para la mayor parte del personal). Todos declaran que las víctimas de los homicidios eran padres progresistas y cariñosos, con valores liberales y humanitarios de los que hacían gala de manera casi excesiva. Los niños asistían a exclusivos colegios de día privados cerca de Reading, y su exitoso historial académico revela una ausencia total de estrés en su vida familiar. Los padres (todos los cuales parecían

oponerse a los internados, algo poco habitual en la clase profesional a la que pertenecían) dedicaban largas horas a sus niños, hasta el extremo de sacrificar su propia vida social. Los acompañaban en varias actividades en el club, organizaban bailes y partidas de *bridge* en los que participaban plenamente, y en el mejor sentido guiaban a sus hijos hacia existencias plenas y felices cuando fueron asesinados de manera tan trágica.

El personal asesinado

ADEMÁS de los residentes de las diez casas, también fueron asesinados los siguientes miembros del personal.

Señora Margaret West, señora Jane Mercier, señorita Iris Neame, *asistentas*. John Collis, David Taylor, James Poole, *chóferes*. Krystal Werther, Olga Norden, *aupairs*. Arnold Wentworth, David Lodge, *profesores particulares*. George Burnett, David Turner, *guardas de seguridad*.

Toda la investigación de la masacre de Pangbourne confirma que ningún adulto presente en la urbanización en la mañana del 25 de junio sobrevivió a la media hora homicida que comenzó aproximadamente a las 8.23 h.

Los niños desaparecidos

MIRÉ las fotos de los trece niños, un grupo de adolescentes pensativos y agradables sonriendo en retratos del acto de fin de curso del colegio y en instantáneas de las vacaciones. Todos los intentos de establecer su paradero han fracasado, a pesar de la búsqueda informatizada de su registro dental, grupo sanguíneo e historia médica. Cuatro de los trece estaban siendo medicados (por alergia al polen, asma y zumbido en los oídos), cinco recibían tratamiento de ortodoncia y uno estaba bajo asistencia psiquiátrica nominal (Jeremy Maxted, de diecisiete años, por incontinencia nocturna). A pesar de su evidente exceso al recetar, los médicos confirmaban de buen grado que los trece niños estaban bien alimentados y disfrutaban de buena y vigorosa salud.

Las abundantes rozaduras, marcas de manos ensangrentadas y huellas de pisadas que coinciden con *los* tamaños conocidos de los zapatos de los niños indican que casi todos estaban presentes en la escena del asesinato de sus padres. Sin embargo, no se encontró ningún rastro de su propia sangre, y no parece que resultaran heridos.

Cerré los archivos, tratando de creer que los niños estaban todavía vivos. El hecho de que aparentemente no se hubiera infligido daño a un grupo numeroso de niños probablemente histéricos —dada la magnitud de la tarea encarada por los asesinos y las maneras a menudo complejas e ingeniosas empleadas para matar a sus víctimas— hacía pensar que se podía abrigar alguna esperanza, por mínima que fuera.

La masacre: diversas teorías

DESPUÉS de ese lúgubre desfile de crímenes y secuestros, pasé a estudiar las diversas teorías propuestas por el comité del Ministerio del Interior encargado de la investigación de los asesinatos.

(1) El asesino solitario

Michael Ryan y la tragedia de Hungerford vienen enseguida a la mente, como los muchos asesinatos múltiples similares en Japón, Estados Unidos y otros lugares. Esos asesinatos sin motivo, en los que psicópatas solitarios pierden el control en un frenesí de violencia, disparando a transeúntes desconocidos, ofrecen una explicación de la masacre de Pangbourne. Parece haber la remota posibilidad de que un criminal solitario, quizá con entrenamiento especializado en el asesinato por estrangulación, cable *trampa* y ballesta, entrara en la urbanización y después de matar a los guardas de seguridad recorriera las diez casas, encerrando *a los* niños antes de matar a los inquilinos adultos. A continuación podría haber regresado a buscar a los niños, quizá para llevárselos a algún destino secreto donde los tiene a su merced hasta el día de hoy.

Comentario: todas las pruebas reunidas, desde un vídeo destrozado en la casa de los Lymington que grababa la transmisión de una película en las primeras horas de la mañana hasta el reloj del Porsche de los Maxted, que se detuvo cuando estrellaron el coche contra la puerta del garaje, indican que los asesinatos fueron cometidos casi simultáneamente, dentro de un período de tiempo que no excedió de los diez minutos. Varias de las víctimas fueron asesinadas a tiros al aire libre, y cuesta imaginar que no huyeran de la urbanización ante el primer signo de peligro.

(2) Asesinos buscadores de emociones

Ampliación de la teoría 1, que da respuesta a algunas de las objeciones a la hipótesis del asesino solitario. ¿Es posible que un grupo de Michael Ryan, quizá cinco o seis miembros desquiciados de un club del rifle de la zona, haya llegado por casualidad a la urbanización de Pangbourne, quizá después de pasar toda una noche consumiendo drogas? El enfrentamiento con los guardas los provocó para iniciar una reacción en cadena de violencia y asesinato.

Comentario: todos los equipos de investigación (el Departamento de Investigación Criminal, el Servicio de Información de la Policía, el Servicio de Inteligencia del Ejército y los servicios secretos) coinciden en que los crímenes fueron cometidos por una banda de asesinos de por lo menos media docena de integrantes, más probablemente diez o doce, siguiendo perfectamente coordinados un plan riguroso. Es difícil que un grupo de psicópatas pudiera haber colaborado en esa medida, ya que los psicópatas tienden a la conducta impulsiva y a la brutalidad arbitraria. Aunque varias de las víctimas fueron asesinadas de manera ingeniosa,

ninguna fue sometida a una crueldad gratuita. Las muertes tienen, por cierto, el claro sello de ejecuciones premeditadas y meticulosas.

(3) Un ejercicio militar mal dirigido

La prensa sensacionalista y diputados noveles del Parlamento han sugerido que la masacre de Pangbourne fue el *trágico* resultado de un ejercicio militar *no* oficial, en el cual mandaron a un grupo de reclutas inexpertos de un regimiento de operaciones especiales a un blanco erróneo. Quizá estaban convencidos de que los habían lanzado en paracaídas sobre un país del Pacto de Varsovia, perdieron la cabeza y asesinaron a los residentes adultos de la urbanización antes de apiadarse de los niños.

Comentario: las indagaciones en el *más* alto nivel dentro del Ministerio de Guerra y los servicios secretos no sustentan esta teoría. Se registró minuciosamente una gran superficie alrededor de Pangbourne Village, pero no hay huellas de vehículos militares ni rastros de neumáticos o gases de combustión de helicópteros en la hierba o en el follaje. Ningún residente de las urbanizaciones cercanas informa acerca de avistamientos de unidades militares. El césped y la tierra blanda dentro de la urbanización no muestran pisadas de hombres atléticos ni signos de su equipo.

(4) La dimensión política: potencias extranjeras

La escala de la masacre de Pangbourne, el número de víctimas y la abrumadora tarea de controlar a un grupo de niños numeroso sugiere la utilización de recursos que sólo una potencia extranjera lograría reunir. Muchos de los padres asesinados ocupaban cargos de máxima categoría en profesiones que los ponían en contacto frecuente con gobiernos extranjeros. Existe la posibilidad de una rebuscada venganza por deudas impagas o por «honorarios».

Comentario: investigaciones exhaustivas confirman que ninguna de las víctimas estaba involucrada en política. Sus únicos contactos eran con el gobierno norteamericano y los gobiernos de la Comunidad Europea, y la solícita colaboración de todos ellos en la investigación policial hace desestimar esa posibilidad.

(5) Terrorismo internacional

El análisis balístico de los proyectiles usados y la curiosa colección de armas empleadas apuntan a la posible implicación de un grupo terrorista internacional, quizá el IRA o un resentido comando de asesinos profesionales libios. Pero la ausencia de cualquier rastro de un grupo de esas características, sumada al secuestro de los niños, hace descartar esa opción. Con todo, el ejemplo de Patty Hearst sugiere que uno de los niños mayores puede haber sufrido un lavado de cerebro por parte de algún grupo disidente, quizá un sucesor de la banda Baader-Meinhof, la Action Directe francesa o las Brigadas Rojas italianas. Ésa continúa siendo una posibilidad remota.

(6) El crimen organizado

Al menos dos bandas criminales del East End de Londres y una de Glasgow son capaces de montar la operación a gran escala requerida en la masacre de Pangbourne. El secuestro de los niños puede ser parte de un intento de secuestro masivo que por algún motivo falló. Otra posibilidad es que la masacre haya sido una venganza de una organización de traficantes de drogas. Pero nada indica que siquiera uno de los padres estuviera involucrado en el negocio de la droga, en el blanqueo de los ingresos de esos grupos a través de los mercados monetarios londinenses o en cualquier otra actividad relacionada con el crimen organizado.

(7) *Los padres como asesinos*

¿Podría un padre o varios matar a los demás y después suicidarse? Entre los motivos posibles están los celos sexuales, la rivalidad profesional y la psicopatía individual. ¿Podrían los niños horrorizados, en un estado de *shock* del que todavía no se han recuperado, haber huido de la urbanización para refugiarse en una lejana propiedad de una de las familias? Curiosamente, a pesar de tanta participación en las actividades en grupo en el club deportivo, los padres no se mezclaban socialmente, nunca se invitaban mutuamente a sus casas y parecían tratarse como meros conocidos. Todo el personal doméstico coincide en que en los tres años de existencia de la urbanización no hubo un solo ejemplo de infidelidad conyugal entre los residentes, un notable homenaje a los conceptos de ingeniería social incorporados en el diseño de la urbanización.

(8) *El personal doméstico*

Miembros resentidos del personal doméstico —chóferes, asistentes, cocineras y profesores particulares— ¿podrían haberse vuelta contra sus patrones? Todos los sirvientes que tenían día libre (uno de ellos, un viejo jardinero, murió de un infarto al enterarse de la masacre) fueron interrogados repetidas veces y, lejos de mostrar resentimiento, todos parecían haber admirado sinceramente a sus patrones, y era evidente que estaban contentos de trabajar para ellos.

(9) *Teorías raras*

Quedan algunas posibilidades extrañas.

(a) Una unidad de comandos de las Fuerzas Especiales soviéticas, destinada a las viviendas del cuartel general de la OTAN en Northwood, recibió una incorrecta orden de alerta bélica y sus integrantes fueron lanzados en paracaídas por error sobre la urbanización Pangbourne durante la noche del 24 de junio. Mataron a los residentes adultos, suponiendo que era personal de alta graduación de las Fuerzas Armadas; después se dieron cuenta de su equivocación y secuestraron a los niños.

(b) Un proyectil de gas paralizante experimental cayó de un avión militar de la Fuerza Aérea Británica o de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en la zona de Pangbourne y causó un trastorno mental a un grupo de residentes cercanos, que cometieron los asesinatos. Después destruyeron todo rastro de los niños antes de

sufrir una amnesia retroactiva que borró cualquier recuerdo del crimen. Inconscientes de los asesinatos que cometieron, han vuelto a la vida familiar normal y corriente.

(c) Los residentes asesinados y sus hijos eran, sin saberlo, agentes supersecretos de una potencia extranjera. Cumplida su misión, los padres recibieron «instrucciones» para matarse entre ellos, y los niños desaparecieron en los sótanos de la embajada extranjera antes de que se los llevaran como por arte de magia a otro país.

(d) Los padres fueron asesinados por visitantes del espacio exterior que buscaban especímenes humanos jóvenes.

(e) Los padres fueron asesinados por sus propios hijos.

Mirando esta lista, tuve la impresión de que todas las teorías eran igual de extravagantes. Un acontecimiento excepcionalmente extraño había ocurrido en Pangbourne Village, y para encontrar su origen necesitaba visitar personalmente la urbanización.

Visita a Pangbourne: 29 de agosto

NO hace falta decir que la entrevista resultó más difícil de lo que había imaginado. Han pasado dos meses desde los asesinatos, pero el interés popular por la tragedia parece aún mayor ahora que en los días inmediatamente posteriores al 25 de junio, avivado por la prensa popular y por una serie de documentales sensacionalistas en la televisión. Anoche, «Panorama», el programa de la BBC, llegó incluso a plantear como conjetura que un grupo de personas del norte de Inglaterra que llevaban mucho tiempo en paro habían bajado hasta el frondoso valle del Támesis en busca de empleo, y la fastuosa exhibición de privilegio y prosperidad había provocado en ellas un espasmo de furia homicida.

Descabellado, quizá, pero al ver la multitud agolpada a la entrada de Pangbourne Village tuve la sensación de que la teoría era casi plausible. Los asesinatos han atraído a un ejército de visitantes, la mayoría satisfechos con sólo mirar las casas desde las calles circundantes o desde algún punto convenientemente elevado. Decenas de personas, muchas de ellas equipadas con binoculares y fumadoras, recorren pesadamente el césped de las fincas para fastidio de los residentes. Incluso vi a un hombre con un trípode y un teleobjetivo trepando al techo de un garaje y siendo apedreado con grava por la indignada propietaria, una rubia feroz en bata.

La policía trata de dispersar a la gente —todo eso debe de ser un festín para los ladrones que andan reconociendo el terreno—, pero necesita a la mayoría de sus hombres para proteger Pangbourne Village. Había unos doscientos visitantes apretujados en la avenida bordeada de árboles que conduce a la urbanización, y se veía incluso a personas subidas a las ramas de los álamos, algunas insultando a gritos a la policía.

Mientras llevaba el coche a través de ese tumulto, un joven policía, sobreexcitado, me golpeó el techo y casi me rompió el parabrisas con el puño. A pesar de que yo tenía una autorización escrita del comisario de Reading, se mostraba muy reacio a dejarme pasar.

Me rescató un tal sargento Payne de la Brigada de Investigación Criminal de Reading, un personaje amable pero algo taciturno que está permanentemente destacado en la urbanización y que, sospecho, paga con su trabajo alguna pequeña penitencia. Está bien informado del caso, de una manera un tanto displicente y sarcástica, pero dedica casi todas sus energías a controlar a los espectadores. Cuando estacioné el coche junto a la caseta del guarda advertí que la policía hacía pleno uso del sistema de televisión de circuito cerrado, cuyos cables cortados habían reemplazado. Un agente en mangas de camisa escudriñaba los monitores, sentado en la silla donde su antecesor, el asesinado guarda jurado David Turner, había sido estrangulado con una extraña cunita de alambre y bambú (un artefacto usado por el Vietcong para atrapar y matar a soldados norteamericanos, me informó el sargento Payne).

Viendo los céspedes, los caminos de entrada y los porches delanteros en las pantallas, recordé con náuseas el vídeo policial que había mirado en la sala de proyección del Ministerio del Interior. Cuando bajé del coche y empecé a caminar por la distinguida grava de La Avenida entrando en la urbanización silenciosa, rodeado de mansiones impasibles, casi esperaba encontrarme el Mercedes con un Roger Garfield sin pantalones en el asiento trasero. Por fortuna, los equipos forenses han retirado todas las pruebas y borrado casi por completo cualquier rastro macabro de los asesinatos. Han cambiado los cristales de las ventanas rotos, han eliminado las manchas de sangre con productos químicos y han tapado con yeso los agujeros de las balas. Incluso han cortado el césped siguiendo las instrucciones de los bufetes de abogados que representan a los parientes más cercanos.

Mientras caminaba por la urbanización, seguido a veinte pasos por un aburrido sargento Payne, me resultó fácil imaginar que yo era uno de los posibles compradores que visitaban Pangbourne Village poco después de su construcción. El ruido de la lejana muchedumbre se perdía detrás de las altas cortinas de rododendros, y las magníficas casas despedían el inconfundible perfume de la elegante satisfacción que nace de la combinación del dinero con el buen gusto.

Eligiéndola al azar, me dirigí a la casa de los Miller, el número 4 de La Avenida. David Miller, un corredor de Bolsa, había sido asesinado en el baño, y su mujer, Elizabeth, había sido electrocutada en su bicicleta estática. Su hija, Marión, de ocho años, y su hijo, Robín, de trece, eran los niños más pequeños de Pangbourne. Mientras el sargento Payne buscaba entre las llaves, reparé en la cámara movida por control remoto montada en el poste de una farola modernista en el centro de La Avenida. La cámara giró apuntándonos mientras el agente de la caseta del guarda vigilaba nuestras idas y venidas, y después dio media vuelta para escudriñar los silenciosos senderos entre las casas.

Señalé la cámara.

—Tengo que conseguir una de éstas para mi casa en Pagham. Son muy útiles.

—No lo suficiente. —Payne me abrió la puerta, sin dejarse impresionar por las cámaras—. En realidad...

—Por supuesto, sargento. Sólo quería decir que ayudan a alejar a los intrusos. Aunque vivir continuamente debajo de esos objetivos debe de ser un poco inquietante. La seguridad está organizada con inteligencia, pero la urbanización parece concebida como una fortaleza.

—O una cárcel... —Payne encendió un cigarrillo y exhaló un humo grosero en el interior inmaculadamente blanco de la casa de los Miller. Las alfombras de largo pelo blanco y los muebles de cromo y cuero parecían molestarle de algún modo—. Los perros y las cámaras impiden que la gente entre, pero también les impiden salir, doctor.

—De todas formas es una cárcel bastante confortable —repliqué. Me irritaba su tono, tanto como la ceniza que esparcía por la alfombra—. ¿Quién demonios quería

escapar? Aquí la imaginación tiene espacio para respirar, sargento. Las jóvenes imaginaciones... Me refiero a esos niños.

Y tratando de no pensar en los dos hijos de los Miller, inicié un breve recorrido por la casa. Mientras observaba los dormitorios agradablemente amueblados (el del niño, una *suite* con baño y sala de ordenador personal), visualicé la vida civilizada y satisfecha que habían llevado el corredor de Bolsa y su familia. Su casa no tenía nada de museo: los zócalos estaban rayados por el calzado de un adolescente sano. Partes del empapelado arrancado de la pared tenía marcas de trozos de vieja cinta adhesiva, de la que había colgado una galería de posters. Había a la vista una amplia gama de intereses: un tablero de ajedrez, estantes de inteligentes libros de bolsillo, la sala del ordenador con su videoteca de películas clásicas como *Ciudadano Kane* y *El acorazado Potemkin*.

—Un chico brillante —comenté mientras mirábamos desde la puerta—. Era un niño feliz.

—¿Feliz? Eso era casi una obligación. —Payne sonrió entre clientes manchados por el tabaco—. Con todos esos bártulos, cualquier otra cosa hubiera sido un crimen.

—Es posible, pero no es tanto por el lujo, sargento. Aquí no hay juguetes-basura: eso es todo. Raquetas de tenis, esquís, trabajos en el ordenador doméstico, todo muy sensato.

—Sensato, sí. —Payne me llevó por el pasillo hasta el dormitorio de los padres—. Eso es algo que no se le puede negar a Pangbourne Village. Es muy sensata... y muy, muy civilizada.

En ese momento me llamaron la atención las palabras elegidas por el sargento, y el peculiar énfasis que les había dado. Mirábamos la bañera de los Miller, donde habían matado a un hombre delante de sus propios hijos, aturdiéndolo primero con un secador de pelo que habían arrojado al agua y apuñalándolo después con un cuchillo de cocina. Traté de no imaginar la hirviente explosión de agua ensangrentada. Esa civilizada mansión era una casa de Atreo moderna. Recordé la fotografía de los Miller en el informe, que mostraba a un hombre serio y amistoso y su alegre y atractiva mujer. En el gimnasio de abajo, donde murió montada en la bicicleta-trampa, había habido un tablón de anuncios donde se registraban las diversas actividades que compartían *con los niños*: las tareas de lectura del colegio que debían discutir, la hora reservada después de la cena para hablar de los programas de televisión de interés común, los acontecimientos sociales del club deportivo en los que participaban los padres y la siguiente vuelta del torneo juvenil de *bridge* de Pangbourne Village entre padres e hijas y madres e hijos. Casi no quedaba un solo minuto de la vida de los niños que no hubiera sido inteligentemente planificado.

Distraído, alargué la mano y agarré un secador de pelo colgado junto al lavabo (su doble, la verdadera arma del asesinato, ya no estaba allí). Los espejos que cubrían las paredes del suelo al techo multiplicaban la imagen del sargento Payne y de mí mismo. Él me miraba con aquel aire pensativo, como un maestro que espera con

paciencia a que un alumno lento le siga el pensamiento.

Comprendí que quería que imitara los actos del asesino. Para no seguir aguantando su dura mirada de escepticismo, apreté el enchufe contra la toma de seguridad para niños. Sólo se podía meter las clavijas a resorte haciendo un doble movimiento de muñeca, que me obligó a inclinarme por encima de lavabo. Encendí el secador de pelo y sentí la corriente de aire caliente en la cara y en la frente, despeinándome. Escuché el zumbido y miré cómo el humo del cigarrillo de Payne giraba y bailaba a nuestro alrededor, como habría girado y bailado el vapor del agua una mañana de junio dos meses antes. Los espejos estaban salpicados de sangre, y el que había rematado a Miller había visto interminables reflejos de sí mismo alejándose hasta el infinito por pasillos moteados de confeti rojo, unas auténticas bodas de sangre.

—¿Satisfecho, sargento?

Enfadado conmigo mismo, apagué el secador y fui el primero en salir de la casa.

La casa de los psiquiatras

ATRAVESAMOS la silenciosa avenida, observados por la cámara de vigilancia instalada en el soporte ornamentado, y continuamos con nuestra inspección. El sargento Payne hizo sonar las llaves, carcelero de una prisión de lujo para los ruines superricos. Sentí que no le gustaba la gente que había vivido en esas casas, que no sólo le molestaba por su riqueza sino por la manera humana con que la exhibía.

De todos modos me alegraba de la compañía de ese policía aburrido que fumaba cigarrillos agrios asintiendo ante mis comentarios sin escuchar. Yo ya sabía que no me haría ninguna confidencia de forma directa, y necesitaba encontrar alguna manera de provocarlo.

Afortunadamente, la casa de los Maxted me dio la oportunidad.

Por casualidad, los Maxted eran dos víctimas de la masacre a las que yo había conocido personalmente, en una convención celebrada en Estocolmo en 1986. Recordaba una pareja elegante y profesional, casi demasiado contenida, con trajes de seda y buscapersonas damasquinados. Su suave y modesta jerga gestáltica y de Potencial Humano me recordó asombrosamente a los científicos, con la misma labia tranquilizadora que oculta un engaño fanático, evangélico.

Pero su casa parecía muy agradable, con los cómodos revestimientos de roble que todavía preferían los psiquiatras más polémicos. Evitando el garaje, donde habían aplastado a los Maxted bajo las ruedas de su propio Porsche, Payne y yo empezamos a recorrer las habitaciones de la planta baja, desde el bien equipado gimnasio hasta la piscina cubierta al lado de la pista de tenis. Los tablones de anuncios mostraban el mismo orgullo evidente ante los logros académicos y deportivos de su hijo que los tablones de los Miller, los mismos recordatorios amistosos de los deberes pendientes, la recomendación de los mismos programas de televisión y sugerencias de lectura.

Advertí que en el estudio de los Maxted no había ninguno de mis libros en los estantes, un abecedario de nombres en su momento muy actuales que iba de Althusser y Barthes a Husserl y Perls. Como para atenuar —o enfatizar— esa imagen de rigurosa moda, había un pequeño televisor en el escritorio, al lado del tintero, puesto allí como el máximo juguete adulto.

—¿Y ésta es la habitación del hijo? —Pregunté cuando entramos en el dormitorio de Jeremy, de diecisiete años—. Usted sabe, sargento, que las casas ajenas siempre parecen un poco extrañas, pero éstas son raras de verdad.

—No más que otras. —Payne pasó por alto mi obvia estratagema, consciente de que yo quería hacerle hablar, pero me miró con cierta curiosidad—. ¿En qué sentido, doctor?

—En que son muy parecidas. No en el mobiliario y accesorios, aunque en eso tampoco se diferencian demasiado. Es en la atmósfera, en la sensación de que aquí llevaban vidas muy ordenadas... Casi demasiado ordenadas.

Deambulé por el dormitorio de Jeremy, observando el ordenador personal, la tabla

de surf y los trofeos de natación, una hilera de copas que ocupaba toda la repisa.

—Debe de haber nadado muchas millas en esa piscina de allá abajo. Jeremy era el de la incontinencia nocturna, si mal no recuerdo. Quizá los padres no reconocían todos *sus* esfuerzos.

—Ah, claro que los reconocían... Incesantemente, de hecho.

Payne escribió en el teclado del ordenador un sencillo código. La pantalla se iluminó con un mensaje del 17 de mayo de 1988:

¡Hoy 47 largos!

Hubo una pausa, y luego:

¡Muy bien, Jeremy!

Miré fijamente ese mensaje de los padres que brillaba en la pantalla, una breve muestra de afecto electrónico, todo lo que quedaba de los padres y el hijo en esa casa desierta.

—Dios mío... ¿Quiere usted decir que los padres estaban conectados con los dormitorios de los hijos? Eso es un poco inquietante, sargento.

—¿Verdad que sí, doctor? Uno está aquí sentado después de terminar los deberes y de repente en la pantalla del ordenador aparece el mensaje «¡Muy bien, Jeremy!».

—Vigilancia emocional. Ya no se trata sólo de esas cámaras allá fuera. De todos modos, debe de haber sido un niño feliz.

De un armario asomaba un par de esquís acuáticos. Tiré de la puerta y eché un vistazo a los cajones, que estaban llenos de casetes de música, libros de bolsillo y ropa deportiva.

Entonces, en el cajón inferior, bajo un montón de gorros de natación encontré una pila de revistas ilustradas, ejemplares muy usados de *Playboy* y *Penthouse*. Le mostré a Payne la que estaba encima.

—*Playboy*, sargento. ¿La primera grieta en la fachada?

Payne apenas miró la revista.

—Yo no diría eso, señor.

—Claro que no. ¿Qué podría ser más normal en un chico de diecisiete años todavía propenso a la incontinencia nocturna? Los Maxted eran personas progresistas.

Payne asintió sabiamente.

—Estoy seguro de que Jeremy también sabía eso, doctor. Los ejemplares de *Playboy* eran un buen camuflaje. Si quiere encontrar la verdadera pornografía, eche un vistazo debajo.

Empujé hacia atrás los gorros de natación y saqué las tres revistas superiores. Debajo de ellas había una docena de ejemplares de publicaciones sobre armas: *Guns and Ammo*, *Commando Small Arms*, *The Rifleman* y *Combat Weapons of the Waffen SS*. Los hojeé y descubrí que había páginas cuidadosamente señaladas, con elogiosos

comentarios escritos en los márgenes. En muchas hojas faltaban los cupones de venta por correo.

—¿La verdadera pornografía? Estoy de acuerdo. —Volví a meter las revistas en el cajón y las tapé con los gorros de natación como para conservar el secreto de Jeremy Maxted—. Quizá era socio del club del rifle de la zona. Pero no creo que sus padres lo hubieran aprobado.

—Puede apostar a eso su pensión. —El sargento Payne sonreía de satisfacción—. ¿Manipular un arma de fuego? Para los habitantes de Pangbourne Village eso sería peor que abusar de un niño.

—Me parece que exagera un poco, sargento. En cierta manera podían tener razón. Espere un momento...

Encendí la luz del armario. En el zócalo y en los paneles interiores de la puerta había una serie de curiosas muescas, aparentemente dejadas por un roedor con fuertes incisivos.

—¿Ha visto estas marcas, sargento? Es como si una pequeña criatura hubiera estado tratando de salir. ¿Los Maxted tenían alguna mascota exótica?

—Es un decir. —Payne fue hasta la puerta, la abrió, la sostuvo y salió detrás de mí de la habitación del hijo—. Esas marcas son muy comunes en la urbanización.

—¿Qué las produce? Los forenses deben de tener alguna idea.

—Bueno... No se han puesto de acuerdo. —Habíamos entrado en el dormitorio de la doctora Edwina. Payne señaló el marco de madera de la cabecera, donde había huellas similares—. Las encontrará en todo este lugar, una especie de... podredumbre seca.

Subrayó las palabras con enigmático placer, y después se sentó sobre el colchón desnudo y encendió el televisor que había al lado de la cama.

—Sargento —dije bruscamente—, debo seguir... Tendrá que perderse las carreras.

—Éste es el circuito cerrado, doctor. En el canal de Pangbourne no hay juegos.

Payne señaló la pantalla, que mostraba la calle delante de la ventana. La cámara iba y venía, como si buscara una hoja caída, recorriendo incansable un panorama tan silencioso como un decorado.

Me encogí de hombros.

—Aquí la seguridad era importante, y para ellos era una evidente obsesión. ¿Así que la casa recibe imágenes de los monitores de la entrada?

—Todas las casas de Pangbourne Village. —Payne hablaba con cierto humor pero también con coherencia—. En el piso de arriba y en el de abajo. Al menos sabemos por qué no había infidelidades aquí. Pero piense en los niños, doctor: se los vigilaba cada hora del día y de la noche. Éste era un pequeño Alcatraz, cálido y amistoso, menor. Nadar a las ocho, desayunar a las ocho treinta, clases de tiro con arco, papiroflexia, haz esto, haz aquello, mirar todos juntos la repetición de «Horizonte» en el vídeo, muy bien, Jeremy... —Payne echó el áspero humo del cigarrillo al espejo

del tocador de Edwina—. ¡Lo único sorprendente de esta gente es que encontrara tiempo para hacerse asesinar!

—Bueno, y los asesinaron. No nos olvidemos. —Dejé que a Payne se le pasara el arrebato. Todavía ocultaba algo, y esperé a que lo largara—. Pero no hay duda de que llevaban una vida muy ocupada y bien organizada. De hecho, es extraordinario que los asesinos los encontraran a todos dentro.

—Quizá concertaron una cita.

—¿Utilizando algún pretexto? Cuesta imaginar qué, exactamente. Recordemos que se trataba de una mañana de sábado del mes de junio. Es una gran coincidencia que nadie estuviera de vacaciones. En total, esa gente era dueña de unas quince propiedades en el sur de Francia...

—... Cortina, Córcega y Toscana.

—Todos esos lugares que usted detesta, sargento. Pero todo el mundo estaba aquí, cada adulto y cada niño. A uno de éstos, Roger Sterling, de quince años, le iban a quitar una muela del juicio y lo trajeron a casa desde la London Clinic para el fin de semana.

—¿Lo trajeron a casa? —Mientras hablábamos, Payne me llamó por señas para que lo acompañara hasta el estudio de la planta baja, sin dejar de guiarme en todos los sentidos—. ¿O se ofreció a volver, doctor?

—¿Ofrecerse? Tal vez. Pero ¿para qué? Los diarios y las agendas no muestran nada. Estaban las actividades habituales de los sábados: el gimnasio, la siguiente partida en el torneo de *bridge*, la natación...

—¡... Hoy cuarenta y siete largos! ¡Muy bien, Jeremy!

Sin prestar atención a Payne, proseguí, recitando de memoria.

—Hubo una visita de un productor de televisión que planeaba una película acerca de Pangbourne Village, una repetición del programa de «Panorama» sobre la hambruna en Eritrea, que muchos de los padres habían visto con los hijos, y discoteca por la noche. Nada fuera de lo normal...

—Pero el chico, Roger Sterling, hizo un verdadero esfuerzo para estar aquí. En la London Clinic no les gustaba mucho la idea de dejarlo ir.

—Es cierto: inventó alguna historia acerca de un amigo inexistente que venía de Canadá. Pero ¿por qué? ¿Es posible que los chicos estuvieran planeando una sorpresa?

De espaldas a Payne, echando un vistazo a los libros en los estantes de los Maxted, esperé la respuesta del sargento. Cuando me volví, con un volumen de Piaget en la mano, sonreía afectadamente, como un mojígato forzado a disfrutar de un chiste de mal gusto.

—Sí, yo no tengo ninguna duda, doctor. Los niños planeaban una sorpresa.

—Es posible... y fuera cual fuese su móvil, los asesinos se enteraron. ¿Correcto?

—Yo diría que sí.

—Lo cual sugiere que pudieron planificar los asesinatos hasta el último detalle,

seguros de dónde estaría todo el mundo. Para mí, sargento, hay algo que está claro. Los asesinos conocían muy bien el lugar.

—Sí, a fondo. —Payne se recostó, expansivo, en el sillón de cuero de los Maxted, como quien descansa al terminar un trabajo bien hecho—. Los asesinos lo sabían todo acerca del lugar, cada escalera y *jacuzzi* y trampolín, cada interruptor de alarma y cada enchufe eléctrico. Pero tendrían que haber estado aquí durante años.

—¿Años? ¿Quiénes, sargento? ¿Los sirvientes?

—No, los sirvientes no.

—¿Quiénes, entonces? Habla usted como si lo supiera.

Hice un ademán con el libro, que se me cayó de la mano y se abrió con torpeza por el lomo roto. Miré las páginas, muchas de las cuales habían sido perforadas con la misma herramienta que había estropeado el zócalo del dormitorio de Jeremy Maxted. Alguien había recorrido sistemáticamente el libro, mutilando sus páginas. De repente adiviné de quién serían las huellas digitales que podrían encontrarse en la madera dañada.

—Sargento, ¿dice usted...?

—¿Usted qué opina, doctor?

—No tengo ninguna idea... pero es evidente que usted sí.

—Algunas. Le puedo asegurar que no serán populares.

—A ver. Yo puedo sobrellevar la impopularidad.

Payne se levantó, preparando la respuesta, pero entonces fue hasta la ventana. Un veloz coche de la policía viró apareciendo por la calle y al llegar al camino de entrada frenó, esparciendo la grava. Un inspector uniformado corrió por la hierba. Cruzó la puerta con expresión de triunfo en la cara.

—Sargento, vuelva a Reading. Aquí no encontrará nada. —Me miró—. ¡Doctor Greville, tenemos a la niña de los Miller! ¡Es la primera que ha escapado!

Marión Miller, la primera «rehén»

DURANTE la semana siguiente no salí de mis consultorios en el Instituto de Psiquiatría. Vi a los pacientes que por un breve tiempo había descuidado, y traté de mantenerme al margen mientras un inmenso aluvión publicitario saludaba el descubrimiento de Marión Miller. Esa niña de ocho años, trágicamente huérfana, había sido encontrada en las primeras horas del 29 de agosto, oculta en un contenedor cargado de correo urgente en el andén 7 de la estación de ferrocarril de Waterloo. Un inspector que acababa de entrar en servicio (Frank Evans, con dieciocho años de antigüedad en los ferrocarriles británicos, ya un héroe nacional) había oído lo que le pareció el resoplido de un gato entre las sacas de correo en el contenedor. Al tratar de rescatar al gato perdido descubrió la forma temblorosa y mugrienta de una niña apenas *consciente*. La niña, de pelo rubio enmarañado, llevaba puestos un empapado vestido de algodón y un solo zapato.

Llamaron a la Policía de Ferrocarriles, pero la niña, que tendría siete u ocho años y estaba bien alimentada, no pudo dar su nombre. Exhausta por su traumática experiencia, se había hundido en un estado de muda inmovilidad, y a veces emitía un extraño sonido siseante, como si estuviera imitando a un gato. Después fue entregada a unos agentes de la Policía londinense, quienes creyeron que se había escapado de casa o que la habían abandonado los padres. Un examen minucioso de la ropa de la niña reveló una etiqueta de Harrods en el vestido de algodón y el monograma de una tienda exclusiva de Beauchamp Place en su único zapato.

Un descubrimiento más significativo fue la serie de manchas de origen orgánico, más o menos con la forma de la mano izquierda y la mano derecha de la niña, en la cintura del vestido. Habían intentado lavar las manchas de la tela, pero el análisis pronto mostró que eran de sangre. La niña no presentaba lesiones, y a las ocho de esa mañana una rápida identificación desveló que la sangre era de David Miller, una de las víctimas de la masacre de Pangbourne Village. Poco después, las pruebas dentales y fotográficas y la confirmación visual de ambas abuelas demostraron que la niña era Marión Miller, uno de los trece niños secuestrados.

Durante los días siguientes el descubrimiento de esa niña huérfana barrió todas las otras noticias de los medios, creando una enorme olla a presión de conjeturas alimentada por la incertidumbre sobre las circunstancias de la liberación de la pequeña. ¿Se habría fugado o sería la primera a la que habían soltado los secuestradores? Todo el amor de los años ochenta hacia los «rehenes» pronto transformó a los doce niños restantes en peones de una partida siniestra en la que los desconocidos raptos jugaban con sus vidas y sus corazones. Varios periódicos nacionales abrieron cuentas de rescate, que recibieron millones en donaciones públicas.

La propia niña, en su pabellón estrechamente custodiado del Hospital Infantil de Great Ormond Street, en un estado irreversible de catatonía, era incapaz de ayudar.

Estaba sedada y se la alimentaba por sonda, pero al encontrarse con sus abuelas durante los breves momentos de conciencia, sólo siseaba y hacía un extraño movimiento con la mano izquierda, como quien abre una puerta, mientras se tocaba la frente con la mano derecha, quizá para protegerse de un golpe.

Eso parecía confirmar que la niña había escapado. En el contenedor en el que la habían descubierto había sacas de correo de la zona de Canterbury: ¿alguna orden religiosa fanática, quizá un grupo de sacerdotes anglicanos trastornados, opuestos al *establishment* arzobispal, se habría apoderado de los niños? El vestido de Marión había sido lavado con una marca popular de detergente que se vendía en una zona de aguas blandas de Gales; se sospechó de inmediato de los nacionalistas galeses, y las casas de campo del principado se empezaron a vender por docenas. Por otro lado, su único zapato contenía rastros de tierra de Kensington Gardens, que fueron implacablemente registrados como si Peter Pan, ahora convertido en un psicópata al estilo de Ian Brady, hubiera vuelto del país de Nunca Jamás y hubiera hechizado a los niños para llevárselos a su malvado sueño.

Sin embargo, todas estas especulaciones se desvanecieron pronto en el aire. No había noticias de los secuestradores y Marión Miller seguía encerrada en su profundo mutismo. Pedí permiso para ver a la niña, y adjunté un informe breve de mi visita a Pangbourne en el que describía ciertas características curiosas, como el ejemplar mutilado del texto clásico de Piaget sobre la educación de los niños. El Ministerio del Interior rechazó mi petición, y me ordenó que interrumpiera la investigación y me mantuviera indefinidamente a la espera de instrucciones.

Al quedarme solo, pude pensar de nuevo acerca de mi visita a Pangbourne Village y mi conversación con el enigmático sargento Payne, que ahora había sido destinado a uno de los destacamentos especiales que recorrían el país. Parecía haber sugerido la complicidad, deliberada o no, de Jeremy Maxted en el secuestro de los niños e incluso, quizá, en los propios asesinatos. ¿Acaso la pasión secreta de Jeremy por las armas de guerra lo habían llevado a comprar un rifle o una pistola, que luego había incitado a los secuestradores a matar a los padres?

Entretanto, Marión Miller, la niña de ocho años, seguía siendo la única clave para entender la tragedia, pero no mostraba signos de recuperación. Yo mismo perdí interés, y retomé el trabajo con mis pacientes.

Entonces, por pura casualidad, en uno de los documentales televisivos que me gustaba despreciar, vi una breve película sobre la niña. Eso reavivó todo mi interés por el caso y me instaló en la mente, de una vez por todas, el misterio de quién había matado a las treinta y dos víctimas de la masacre de Pangbourne.

La película para la televisión

LA televisión, en un nuevo resumen de la tragedia para «Newsnight», presentó una breve secuencia grabada en el Hospital Infantil de Great Ormond Street. Como parte de su desesperada campaña para conseguir testigos de la huida de la niña, la policía había permitido por primera vez la entrada de cámaras en el pabellón.

Marión estaba acostada en la cama, apretando las sábanas con los puños contra los labios fruncidos. Tenía la cabeza apoyada sobre un lado, y sus ojos aletargados miraban aparentemente los lirios que había en el florero colocado en una mesa cercana. Una hermana enfermera condujo hasta la cama a una mujer mayor, la abuela materna, vestida con un abrigo de caracul y con un bolso de charol en la mano. La mujer sonrió vacilante a la nieta, mientras la hermana cambiaba de lugar las flores en las que la niña tenía fija la mirada y le pedía que volviera la cabeza.

Mi teléfono del vestíbulo sonó mientras observaba esa conmovedora escena en la pantalla del televisor. Me detuve en la puerta de la sala mientras Marión Miller clavaba los ojos en la imponente figura de su abuela. En un gesto ahora famoso, continuamente repetido por la televisión e incluso imitado por humoristas alternativos, la niña levantó la mano izquierda de la seguridad de la sábana. Pareció meter una llave en una cerradura y después, con aquella manita, hacerla girar en un difícil movimiento doble: exactamente la secuencia de movimientos de muñeca que, según los expertos, abriría una cerradura de muesca a resorte. Al mismo tiempo levantó la mano derecha a la altura de la frente, como para protegerse del golpe de uno de los secuestradores, que estaba quizá del otro lado de la puerta y entre cuyas piernas ella se había fugado valiente y milagrosamente.

Confirmando esa teoría, la boca de la niña dibujó un espantoso rictus. Mostró los dientes apretados, separando los labios en una fea mueca que hizo brillar los incisivos a la luz de la cámara. Aunque no había banda sonora, cada uno de los millones de espectadores debió de oír el resoplido.

Mientras el teléfono seguía con su desgano repique, fui hasta el televisor y bajé el volumen. Observé los ojos heridos y desesperados de aquella niña huérfana, y la carita debajo del pelo rubio amorosamente cepillado, y supe que había identificado por lo menos a uno de los asesinos de Pangbourne.

Regreso a Pangbourne Village: 17 de octubre de 1988

CUANDO llegué, a las ocho de la mañana siguiente, el sargento Payne me estaba esperando en la caseta del guarda. Me recibió con un saludo paciente, pero no mostró ningún sentimiento. Hasta por teléfono había sido esquivo, como si llamada urgente no le sorprendiera nada. Con las llaves de la casa de los Miller en la mano, me llevó entre los mirones que aún seguían en la entrada.

Atravesamos juntos la urbanización silenciosa, entre espléndidas mansiones que ya veía de una manera distinta. Nos acogió de nuevo el conocido interior de la casa de los Miller, pero todas las perspectivas habían cambiado sutilmente. Payne se apartó, esperando a ver qué rumbo tomaba yo.

—El cuarto de baño de los padres —dije—. Es lo único que necesitamos examinar.

—Muy bien, doctor...

Payne hablaba en tono alentador, como un instructor que guía a un recluta prometedor durante una carrera de obstáculos. Pero cuando llegamos al cuarto de baño pude por fin sorprenderlo.

—Sargento, veamos el escenario. —Aparté la cortina de la ducha y abrí los grifos de la bañera—. Necesitamos un par de cosas...

Payne dio un paso atrás, tratando de evitar las imágenes de sí mismo que se multiplicaban en los espejos de las paredes.

—Si piensa darse un baño, doctor, el calentador está apagado.

—No se preocupe, no le haré pasar vergüenza.

Cuando hubo cinco centímetros de agua fría en la bañera, cerré los grifos y después tomé el secador de pelo de la señora Miller de su estante encima del lavabo. Con él en la mano me volví hacia Payne.

—Sargento, usted vio en la película de la televisión cómo Marión Miller aparentemente abría una puerta para escapar. Sin duda huía, pero no haciendo uso de una llave...

Por primera vez me adelantaba a Payne. Me miró con cautela, un cigarrillo apagado entre los labios, mientras yo pasaba el secador de pelo a la mano derecha y agarraba el enchufe con la izquierda.

—Supongamos por un momento que Miller se estaba bañando aquella mañana de sábado. A eso de las 8.15 Marión y su hermano entran en el cuarto de baño. Quizá piden un favor especial, cuya respuesta ya saben, una última oportunidad para que su padre salve la vida.

—Doctor... —Payne sacudía la cabeza, evidentemente decepcionado conmigo—. Eso es pura especulación.

—De acuerdo, son conjeturas mías. Sin embargo, de algo estoy seguro. —Deposité el secador de pelo en su estante encima del lavabo de Miller—. Marión agarra el secador y lo enchufa. Para hacerlo tiene que dar la vuelta alrededor del

borde del lavabo y alargar la mano izquierda. Por desgracia para el padre, estos enchufes a prueba de niños no lo son tanto...

Introduje el enchufe en la toma de corriente y después hice los conocidos movimientos de vuelta, presión, vuelta otra vez que la acongojada niña de la película de la televisión había hecho tan memorables. El secador de pelo arrancó con un zumbido, disparándome aire caliente en la cara.

—Como es difícil sujetarlo de otra manera, ella empuña ahora el secador con la mano izquierda por el mango, y una ráfaga de aire le echa el flequillo contra los ojos. Lo aparta con la mano derecha...

Hice el segundo ademán que habíamos visto en la película, apartándome los pocos cabellos que me bailaban sobre la frente.

Entonces di un paso atrás y arrojé el secador de pelo en la bañera. Hubo un violento siseo, y un destello apagado que sacudió los bordes del agua, iluminando los espejos a nuestro alrededor. El agua hirviente saltó por encima de Payne y de mí, rociando el techo.

Con el fusible quemado, el aparato quedó inerte debajo del agua revuelta. Arranqué el enchufe de la toma de corriente. Payne se estaba secando la chaqueta con una de las toallas de cara de la señora Miller.

—Usted ha oído el sonido, sargento... algo que la pobre niña nunca olvidará. De hecho, quizá sea lo último que recuerda.

—Yo tampoco lo olvidaré, doctor. —Con cautela, Payne sacó el secador de la bañera tirando del cable—. Para ser sincero, no se me había ocurrido lo del enchufe, pero sabía que la niña no estaba abriendo una cerradura.

—Claro que no. ¿Por qué debería haberle traumatizado eso? Sólo una crisis abrumadora se le podría haber grabado en la mente de manera tan intensa, algo que implicara asuntos de vida o muerte, o más fuertes aún que la vida y la muerte.

—¿Por ejemplo, la decisión de asesinar a su padre?

—Exacto... aunque no creo que ella lo matara, y quizá lo sepa. Lo aturdió con el secador, y entonces su hermano lo mató con el cuchillo de cocina.

Payne se inclinó encima de la bañera y dejó salir el agua.

—Entonces ¿usted cree que ellos lo planearon? ¿Hermano y hermana?

—Sí, ellos lo planearon, de la misma manera en que fueron planeados todos los asesinatos de Pangbourne Village. Usted lo sabe, sargento. De hecho, lo sabe desde mi primera visita a este lugar.

—Eso, doctor, lleva a otra pregunta. La gran pregunta: quién fue el verdadero autor de la masacre de Pangbourne.

—Los niños, sin lugar a dudas. Suena tan descabellado que ni siquiera sé si me lo creo. No hay pruebas y quizá no encontremos ninguna. De todos modos, tengo la seguridad de que los padres de Pangbourne, uno por uno, fueron asesinados por sus hijos.

Estábamos en el chorreante cuarto de baño, rodeados por innumerables imágenes

de nosotros mismos, escuchando cómo se escurría por la casa el último hilito de agua.

—Estoy de acuerdo, doctor —dijo Payne, incómodo ante su propio reflejo—, pero no hay un lugar donde resulte más difícil demostrarlo que aquí, en este lavabo. ¿Una niña de ocho años y su hermano de trece? Le va a costar probarlo.

—Puede ser, pero estoy convencido de que Robin y Marión Miller son la clave de todo. Recuerde que eran los menores de los trece niños, y que tenían un problema especial con el que ninguno de los otros debía enfrentarse. Su padre era un hombre enorme, de bastante más de un metro ochenta, exboxeador aficionado. El chico nunca habría podido darle las puñaladas fatales.

—¿Y si sólo hubiera herido a Miller, éste habría podido advertir del peligro a los otros padres?

—Es muy probable... los padres eran lo bastante inteligentes para darse cuenta de que ocurría algo grave y sacar rápidamente las conclusiones adecuadas.

—Por ejemplo, cerrar con llave las puertas más cercanas, no encender ese aparato, optar por no pasar por delante del coche al ver que tu hijo adolescente te mira de forma rara sentado al volante. Toda la operación habría quedado al descubierto en...

—En minutos. Así que los pequeños Robín y Marión Miller se vieron ante un reto doble. Tenían que actuar con rapidez y tenían que matar a los padres.

—Pero ¿por qué, doctor? —Payne había conseguido encender de nuevo el cigarrillo mojado, y aspiraba el humo con avidez—. Uno de los chicos mayores, el chaval de los Ogilvy o el hijo de los psiquiatras, podría haber hecho el trabajo por ellos.

—Eso habría destruido toda la base moral del ejercicio. Los niños libraban una última batalla contra los padres. La masacre de Pangbourne fue una rebelión desesperada desde el punto de vista de los niños, un acto de tiranicidio masivo. Fuera cual fuese el coste, cada uno tenía que responsabilizarse de la muerte de sus propios padres.

—La verdad es que demostraron mucho ingenio: todas esas trampas eléctricas, esos extraños arneses y nudos corredizos. Al principio todo apuntaba a un asesino realmente enfermo y profesional.

—Yo pensaba lo mismo, sargento, pero el ingenio que vemos aquí fue producto de la necesidad. Los niños más pequeños nunca habían tenido un arma de fuego en la mano; ni siquiera habían visto una. Hubo que cometer los asesinatos en un período muy corto, de quizá no más de diez minutos, para mantener el impulso psicológico. Tenían que actuar con rapidez y con eficacia.

—No está bien que un niño de trece años se acerque a su madre en la cocina y trate de apuñalarla. —Payne negó con la cabeza, imaginando el macabro espectáculo—. Piense en todo el ejercicio que hacían. Esas madres de Pangbourne eran un grupo de mujeres en forma, que se habían pasado la vida rechazando a hombres jóvenes. Hasta una puñalada fatal podría ser una oportunidad de dar la alarma, sobre todo esas

alarmas que suenan dentro de la cabeza.

—La alarma más fuerte. Imagine, sargento, tratar de matar a alguien que lo cuida y a quien ama. El acto homicida tiene que producirse con tanta rapidez que no deje tiempo para pensar.

—A la primera y puntualmente. Eso significa planificación, doctor. Cuesta creer que los chicos pudieran hacerlo solos.

—Ya lo sé. Pero igualmente tengo la certeza de que actuaron por su cuenta. Pienso que mataron a los padres a eso de las ocho de la mañana del sábado, sin la ayuda de nadie. Lo más probable es que salieran de Pangbourne Village unos minutos después de los asesinatos, quizá en un autobús alquilado estacionado a la vuelta de la esquina.

—¿Y después?

—¡Quién sabe! Yo diría que se han instalado en alguna tranquila casa de campo en un remoto rincón de Gales o Escocia.

—Mimarán una cabra, plantarán zanahorias y se quedarán despiertos toda la noche esperando el canto de los pájaros al amanecer. Y nunca volveremos a tener noticias de ellos.

—Por supuesto que las tendremos, sargento. Un acto tiranicida siempre conduce a otro, sobre todo cuando implica esta carga emocional. Los niños de Pangbourne constituyen una banda Baader-Meinhof de pasado mañana. Por eso debemos encontrar argumentos muy convincentes antes de ir a ver al subcomisario.

—Yo no haré comentarios sobre eso, doctor. —Payne corrió la cortina de la ducha, como quien oculta un cadáver todavía visible—. Sin embargo, queda una última pregunta. Estoy de acuerdo en que los niños mataron a sus padres, y que juntos, cuidadosamente, planearon el crimen. Pero ¿por qué? No hay pruebas de abusos deshonestos, ni de castigos corporales. Los padres nunca les alzaron la mano a los niños. Si hubo aquí algún tipo de tiranía, tuvo que ser de auténtico odio y crueldad. No hemos encontrado nada ni remotamente parecido.

—Y nunca lo encontraremos. Los niños de Pangbourne no se rebelaron contra el odio y la crueldad. Se rebelaron justamente contra lo opuesto. Contra un despotismo de bondad. Mataron para liberarse de una tiranía de amor y cuidados.

Masacre de Pangbourne: las pruebas

PASÉ los tres días siguientes casi exclusivamente en compañía del sargento Payne, recopilando detallados cargos contra los niños de Pangbourne, un caso que desafiaba los más caros principios del sentido común tradicional pero en el que había que poner una convicción total para vencer las objeciones reflejas de Scotland Yard y del Ministerio del Interior. Todas las mañanas viajaba en coche desde Londres hasta la jefatura de policía de Reading, y Payne me llevaba al archivo del sótano, donde se guardaban las pruebas confidenciales. Aunque estaba seguro de nuestros argumentos, una vez fuera de Pangbourne Village me resultaba difícil aceptar la extraña lógica del caso: que cuanto más se apreciaba y amaba a los niños, más se desesperaban por liberarse de eso.

—Tomemos el caso de Marión Miller —dije, desempeñando el papel de mi propio abogado del diablo—. Estoy convencido de que arrojó el secador de pelo encendido en la bañera de su padre. Pero la conclusión de que se proponía matarlo deliberadamente es tan extraña que hay que considerar la posibilidad de otras teorías igual de extrañas.

—¿Por ejemplo, señor?

Payne, paciente, esperó junto a la pantalla del proyector con la colección de diapositivas y vídeos que había reunido.

—Bueno, quizá quería secarle el pelo, y se le cayó accidentalmente el secador al agua. Le entró pánico y su hermano trató de hacer pasar aquello por un intento de suicidio. Quizá fue realmente un intento de suicidio con el que tropezaron los niños...

—¿Así que Miller primero se electrocutó para no sentir dolor y después se apuñaló el pecho?

—¿O tal vez la madre lo acuchilló y luego, arrepentida, se mató...? —Me di por vencido—. Es inverosímil, pero nuestra teoría es aún más increíble.

—Al menos explica los otros asesinatos. Permítame mostrarle esta cinta, doctor. —Payne encendió el proyector—. Esto procede del monitor instalado en la caseta del guarda. Contiene las últimas secuencias antes de que sabotearan el sistema a las 8.23 de la mañana: el cable principal y todas las líneas telefónicas fueron cortados con unas tenazas robadas dos semanas antes de una furgoneta de British Telecom en Reading.

El vídeo mostraba una vista general de La Avenida en la mañana funesta, el césped y los senderos desiertos, los residentes en la cama, desayunando o tomando los fatídicos baños.

—Según el dato sobreimpreso en la cinta, ahora son más o menos las 8.22. David Turner, el guarda jurado que estaba en la caseta de la entrada, fue probablemente estrangulado treinta segundos después de terminar la cinta. La casete de la radio del bolsillo superior registra la pregunta sin respuesta de Burnett, el otro guarda de servicio, que llamaba desde el puesto de seguridad perimetral para saber por qué

fallaba la cámara. Unos treinta segundos más tarde lo mataba una flecha de ballesta.

—¿Y esas dos muertes iniciaron la masacre de Pangbourne?

—Eso es lo que suponen todos los de arriba, la Brigada de Investigación Criminal y Scotland Yard. Según ellos, ésa fue la señal a los demás miembros de la banda que esperaban para atacar.

—Parece probable. Alguien tuvo que dar el pistoletazo de salida.

—Claro. Pero rebobinemos un poco la cinta, doctor...

Las imágenes se movieron al revés, mostrando las conocidas perspectivas de la urbanización, salvo por una paloma solitaria que volaba marcha atrás por La Avenida, como retirándose discretamente de la trágica escena. En Pangbourne Village, pensé, el tiempo podía avanzar hacia delante o hacia atrás. Los residentes habían eliminado tanto el pasado como el futuro, y a pesar de todas sus actividades existían en un mundo civilizado sin acontecimientos. En cierto sentido los niños habían dado cuerda a los relojes de la vida real.

—Ésa es la casa de los Miller. —Payne señaló la elegante fachada moderna—. Ahora son las 8.19 y los Miller están preparados para vivir otro día exitoso y lleno de experiencias enriquecedoras.

Pasé eso por alto y observé la pantalla. La cámara de vigilancia, como si se aburriera de no tener nada que hacer, empezó a escrutar la casa en primer plano. Los estupendos objetivos, que representaban la tecnología óptica más avanzada, mostraban cada detalle con desconcertante claridad. La cámara recorrió las ventanas de la sala y del comedor. Se veía con claridad el tranquilo mobiliario, hasta un reloj que marcaba las 8.20 en una repisa.

—Ahí no sucede nada raro —comenté—. No hay ningún asesino aguardando una señal...

—Espere un momento, doctor. En seguida verá a los asesinos.

La cámara pasó por las ventanas del estudio. El fondo oscuro de los estantes de libros disimulaba el interior, pero en el confuso juego de luces y sombras distinguí la imagen de una niña.

—¡Espere, sargento! Pare la película.

—¿Lo ha visto, doctor? Muy bien...

Payne congeló el fotograma y amplió la imagen. Marión Miller estaba subida a una silla junto a la ventana, las rodillas contra el alféizar. El flequillo rubio despeinado le tapaba un poco los ojos, pero en sus labios había una sonrisa tensa, de inequívoca y feroz complicidad. Clavaba la mirada en una de las casas del otro lado de La Avenida.

Detrás de la niña estaba su hermano Robín, con la cara moteada por el reflejo del follaje. Los ojos del chico también miraban la casa de enfrente. Entre los dos niños estaba la pantalla de sobremesa del monitor de seguridad.

—Usted y yo observamos la misma imagen —le hice notar a Payne—. Quizá han visto algo, sargento, y tratan de avisar a todo el mundo...

—No, están esperando a que la pantalla se quede en blanco. Esa pequeña pareja es la que da el pistoletazo de salida.

Payne pasó la película en cámara lenta. El hermano de Marión se había acercado a ella, junto a la ventana. Niño y niña se tomaron de la mano y levantaron los brazos por encima de la cabeza en un gesto que recordaba un saludo del Black Power.

—Mire esto con atención, doctor...

Mientras la niña sonriente alzaba el brazo se apoyó en la ventana, y su vestido destelló a través del cristal. Estampados en la cintura había dos motivos florales parecidos a tulipanes estilizados.

—Huellas de manos, doctor. Todavía estaban allí cuando la encontraron en la estación Waterloo, y era sangre del mismo grupo que la de su padre.

Miré la forma de cinco dedos.

—Parece razonable, sargento. Así que a esas alturas Miller y su mujer ya estaban muertos. Robin y Marión fueron los primeros, y después de cumplir su tarea bajaron a comunicarlo por señas a los demás. Todo dependía de que ellos dos estuvieran a la altura de las circunstancias.

—Es fácil saber hacia dónde apuntaba su atención. Miraban a través de La Avenida hacia la ventana superior del dormitorio de Annabel Reade. Marión debió de transmitir el mensaje a quien cortó los cables de la televisión y del teléfono.

—Entonces todas las pantallas quedaron en blanco y la máquina de matar entró en acción. —Me acerqué al proyector, fascinado por las marcas floriformes de las manos de la niña—. Así que fue ahí donde se limpió los dedos... La veo haciéndolo mientras su hermano remata al padre en el baño. ¿Y la gente de Scotland Yard? ¿Cómo explica eso?

—No intentan explicarlo. Dicen que el niño y la niña habían quedado encerrados en el estudio y hacían señas pidiendo ayuda.

—Por Dios, la niña sonreía. Admito que era una sonrisa helada, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Suficiente para congelar los labios de la Mona Lisa —comentó Payne—. Una señorita dura. Si tuvo suficiente fortaleza para iniciarlo todo, ¿por qué quiso escapar?

—Porque era muy joven. Todos los demás habían llegado a la pubertad y estaban asfixiándose con la dieta continua de amor y comprensión que les hacían tragar en Pangbourne Village. Ésa era una idea de la infancia inventada por los adultos. Los niños se desesperaban por la fibra de las emociones verdaderas, por padres que de vez en cuando desaprobaban sus actos, que se enfadaban y perdieran la paciencia, o incluso que no los entendieran. Necesitaban padres que no se interesaran por todo lo que hacían, que no tuvieran miedo a enojarse o aburrirse con ellos y que no trataran de gobernar cada minuto de su vida con la sabiduría de Salomón.

—¿Y Marión Miller?

—Sólo tenía ocho años, una edad a la que nos gusta estar arropados por un afecto total, con alguien que nos diga qué hacer a cada momento del día. —Toqué con el

dedo la imagen difusa de aquella niña sonriente—. Ella dio el pistoletazo de salida, pero no era la cabecilla, y quizá empezó a recordar el paraíso feliz que había dejado en Pangbourne. Sargento, veamos el resto del material. Mentes más adultas, más peligrosas, planearon la masacre de Pangbourne.

Los niños de Pangbourne

DURANTE las horas siguientes el sargento Payne, utilizando películas, diapositivas y vídeos, me mostró todas las pruebas reunidas por la investigación policial sobre el carácter y la historia de los niños de Pangbourne. El conjunto formaba el retrato de un grupo de jóvenes simpáticos y talentosos, que triunfaban en la escuela y tenían una amplia variedad de intereses relacionados con actividades al aire libre como nadar, volar con ala delta, el submarinismo y el paracaidismo. Al mirar las fotografías de esos saludables adolescentes, sacadas por sus amigos mientras posaban con monos de paracaidista y trajes isotérmicos, no pude dejar de pensar que en todas esas actividades había un elemento de evasión, como si los niños inconscientemente se estuvieran equipando con los medios necesarios para liberarse de su propia vida.

Pero sorprendentemente ese interés por los deportes al aire libre había empezado a decaer durante el año anterior, cuando los niños trasladaron el centro de sus actividades a sus propias casas. Eso se veía con claridad en sus diarios y en sus vídeos, y en el periódico privado, curiosamente titulado *El tormento de Pangboume* (tirada: trece ejemplares), publicado con ayuda de la impresora de Roger Sterling, de quince años. Pronto apareció un mundo más oscuro y cerrado.

En el invierno de 1987 los niños habían abandonado el submarinismo y los vuelos en ala delta y pasaban casi todo el tiempo en sus habitaciones. Ese proceso fue tan gradual que el personal doméstico casi no lo notó, aunque al prestar declaración dos de las criadas hicieron algún comentario sobre las crecientes dificultades para limpiar las habitaciones de los niños.

Señorita Rogers:

Estaba construyendo una cometa extraña que llenaba por completo su dormitorio. Una vez traté de levantarla y me aprisionó. Mark tuvo que desatarme. Estaba muy arrepentido, y la señora Sanger le pidió con mucha amabilidad que se disculpara conmigo.

Señora Stacey:

Graham siempre estaba jugando con su ordenador, sumando un montón de números. Finalmente tuve que pedirle a la señora Lymington que pusiera mis horarios en el tablón de anuncios.

Esa pérdida de interés en las actividades al aire libre llevó inevitablemente al debilitamiento de la amistad con los niños de las urbanizaciones cercanas. Pocos amigos de la escuela los visitaban, y los que lo hacían hablaban del ambiente exclusivista y cerrado.

William Knox, 14 años:

Amigo de la escuela de Roger Sterling: Estaban ocupados con sus propias cosas.

Antes era divertido ir a su casa pero después dejó de serlo.

Philip Bax, 15 años:

Hijo de un médico de Reading: No daban miedo, pero era como si estuvieran en otro mundo. Usaban claves para hablar entre ellos.

Ese repliegue dentro del perímetro de Pangbourne Village no parecía premeditado, pero los pasatiempos secretos de los niños bien podrían haber dado que pensar a los padres. Los más moderados, como las revistas de armas ocultas en el armario de Jeremy Maxted, estaban dentro de los límites de la conducta adolescente normal. Casi todos los niños llevaban diarios, escritos a mano o en el procesador de textos, y la mayoría de esos diarios habían sido destruidos o borrados en los días anteriores a la masacre.

Sin embargo, dos de las niñas, Gail y Annabel Reade, llevaban detallados diarios secretos que fueron encontrados en los paneles del reverso del espejo del tocador. No arrojan luz directa sobre los asesinatos de Pangbourne, pero describen una imaginativa alternativa a la vida en la urbanización que al mismo tiempo parece un comentario implícito sobre ella. Los diarios abarcan la vida de varias elegantes familias victorianas que residían en Pangbourne a finales del siglo XIX, una bondadosa y afectuosa comunidad de clase media-alta descrita en una prosa formal que recuerda a Jane Austen aunque con una franqueza sorprendente en cuanto a sus actividades sexuales. Juntas transmiten la impresión de *Orgullo y prejuicio*, con el añadido de los pasajes pornográficos que faltan en esa obra. Dos de las hijas, bien educadas y encantadoras, se establecen como prostitutas y atienden los deseos de los otros miembros de sus familias sea cual sea su sexo o su edad. Pero evidentemente no son los detalles pornográficos lo que más atrae a Gail y Annabel —se los esboza de manera superficial— sino las fuertes emociones que su pasión sexual provoca. Lo que se transmite con mayor intensidad es la sensación de que a través de esas actividades sexuales los habitantes excesivamente civilizados de Pangbourne pueden evadirse a un mundo de los sentidos más brutal y más verdadero.

Muchos otros pasatiempos de los niños de Pangbourne muestran la misma obsesión con el tema de la evasión. Andrew Zest, un entusiasta radioaficionado, había instalado una potente antena de radio en el techo de su casa y estaba tratando de comunicarse con vida inteligente en una galaxia cercana. Sólo descubrieron esa compleja serie de cables cuando interfirió con el sistema de seguridad de la urbanización.

El mismo tono reduccionista se veía en *El tormento de Pangbourne*, impreso de manera casera por Roger Sterling y distribuido entre marzo y junio de 1988 a sus trece lectores. Con un alegre estilo visual de formato tabloide, estaba especializado en noticias aburridas. «El huevo hierve en tres minutos» y «La escalera lleva al segundo piso» son dos de sus grandes titulares.

Mientras tanto, Graham Lymington programó su ordenador para calcular π hasta un millón de decimales, y empapeló las paredes de su dormitorio con los resultados impresos. Disuadido con delicadeza por los padres, preparó a continuación *Radio Libre Pangbourne*, un programa en casete del que fueron distribuidos seis números a los demás niños en noviembre y diciembre de 1987. Consistía en una secuencia de sonidos aleatorios, sobre todo su propia respiración, intercalados con largos pasajes de silencio.

La clave de todo eso era el curioso vídeo doméstico filmado por Amanda Lymington y Jasper Ogilvy, que a primera vista parecía un prosaico documental de la vida cotidiana en Pangbourne Village. De unos diecisiete minutos de duración, fue realizado con la feliz cooperación de los padres, y adopta el estilo de los vídeos de propaganda de los promotores inmobiliarios. Con sus brillantes colores y sus escenarios como de retablo, retrata a los padres sentados en el salón, cenando o aparcando el coche. Los comentarios son cálidos y afectuosos, y la película resulta una parodia desenfadada y anticipada del documental de la BBC que rodarían en Pangbourne Village a finales del verano de 1988. Hay algunas discretas tomaduras de pelo a costa de los padres: la cámara se detiene en la señora Sterling cuando calcula mal un salto del ángel, y en el señor Garfield cuando se le cae la coctelera.

Se mostraron fragmentos de la película a los padres y a menudo eran proyectados a las visitas. No obstante, la versión final que circuló en secreto entre los niños era muy diferente. Llevaba la misma banda sonora jovial, pero Jasper y Amanda habían agregado unos veinticinco segundos de metraje entresacados de documentales de noticiarios de la televisión, de accidentes de coche, sillas eléctricas y fosas comunes de campos de concentración. Esparcido al azar entre las escenas de los padres, ese metraje de atrocidades transformaba la película en una obra espeluznante y amenazadoramente profética.

Casi todas las copias de la cinta fueron destruidas en algún momento antes del 25 de junio, pero se encontró una sola casete en la caja fuerte del dormitorio de los Maxted. Uno se pregunta qué pensarían de ella esos psiquiatras modernos. Al ver la película tuve, no por primera vez, una fuerte sensación de estar ante jóvenes mentes que deseaban la locura como una manera de encontrar la libertad.

—Es una obra extraordinaria, sargento —le dije a Payne cuando se acabó la película—. Tengo la impresión de que hace encajar todas las piezas.

—El chico de los Ogilvy ¿pudo haber sido el cabecilla? Era el mayor de todos.

—Es posible... Algo hizo de disparador y convenció a los niños de que prepararan los asesinatos.

—La película, doctor. Es casi un proyecto detallado de los asesinatos: disparos, accidentes de coche, electrocuciones... —Payne hizo una mueca, casi atragantándose con el humo de su propio cigarrillo—. Es como sí para ellos la película fuera el punto de partida.

—Cuando la rodaron, todo se estaba convirtiendo en una película. El productor de

la BBC iba a visitar la urbanización en la tarde del 25 de junio. Quizá el documental previsto fue la gota que colmó el vaso: los niños sabían que tendrían que interpretar sus papeles delante de las cámaras, haciendo todas las entrevistas, representando su «felicidad» ante la amorosa mirada de los padres. La sola perspectiva de tanta falsedad habría acabado de enloquecerlos...

Me acerqué a la pantalla del proyector, que mostraba los enigmáticos créditos del vídeo de los niños, «Una producción de Pangbourne Village», sobreimpresos en una vista idílica de la urbanización. Yo pensaba en Marión Miller: si no me equivocaba, su huida había sido un intento desesperado de regresar a su mundo infantil.

—Sargento, ¿podría usted conseguir una versión editada del vídeo?

—¿Sin los accidentes de coche y las sillas eléctricas? Puedo hacer que le preparen una, doctor. ¿A quién se la quiere mostrar?

—A Marión Miller. No es más que una idea. Quizá le ayude a recordar tiempos más felices.

El secuestro de Great Ormond Street

DE más está decir que Marión Miller nunca vería la película. Durante las dos semanas siguientes, mientras yo esperaba la respuesta del Ministerio del Interior a mi petición, ella siguió en su vigilada habitación del Hospital Infantil de Great Ormond Street. Se había hecho amiga de sus enfermeras, susurrando y ceceando como una niña de tres años. Supuse que había borrado de un plumazo todos los recuerdos de los días anteriores a la masacre de Pangbourne y el asesinato de sus padres.

Prudente, no comenté con nadie mis sospechas, y no comuniqué al Ministerio del Interior mi convicción de que los trece niños no eran víctimas de los asesinos sino que ellos mismos eran los homicidas. No se había encontrado ningún rastro de ellos, a pesar de las maratónicas búsquedas organizadas por la policía y los periódicos nacionales. Las autoridades no habían recibido ninguna petición de rescate ni listas de exigencias, y de hecho los doce niños perdidos habían desaparecido en un *continuum* distinto.

Sin embargo, dos de ellos estaban más cerca de lo que nadie había supuesto.

En las primeras horas de la tarde del 4 de noviembre atravesé el vestíbulo del Hospital Infantil con la cinta de vídeo en el maletín. No se me había dado permiso para mostrarle la película a Marión, pero hablando con un subcomisario de Scotland Yard me enteré de que la niña miraba vídeos de programas infantiles en el televisor que tenía en la habitación.

Cuando llegué, descubrí que dos policías de uniforme custodiaban la sala privada del cuarto piso. Examinaron el vídeo sin hacer comentarios, y el pase del Ministerio del Interior me permitió acceder a donde estaba la niña. Sentada al lado de la cama, una joven enfermera desplegaba un rompecabezas sobre una bandeja metálica.

Marión Miller me observó en silencio con un pulgar en la boca. Los rizos rubios le ocultaban la pequeña frente, y los ojos demasiado grandes le daban un aire casi de adorable bebé recién destetado. Esa niña vulnerable ¿podía haber matado a su propio padre y puesto en marcha la masacre de Pangbourne? Por un momento la fe en mi propia teoría flaqueó.

—Mira, Marión... El médico te ha traído una película.

La enfermera apartó el rompecabezas, pero Marión ya había advertido mi presencia. Al volver la cabeza, un penetrante ojo azul me contempló a través del rubio flequillo, e imaginé la incredulidad de su padre cuando esa tímida parricida dejó caer el secador de pelo en su bañera.

¿Se daría cuenta de que yo evitaba su mirada? Mientras preparaba el televisor me puse a charlar con la enfermera, y dejé que ella insertara la cinta en el aparato de vídeo.

Cuando lo puse en marcha, se oyó un repentino clamor en el pasillo. Supuse que estaría mal ajustado el control del volumen de un altavoz. Entonces llegaron ruidos de una escaramuza violenta, y el sonoro estrépito de un carrito volcado. La puerta de

la sala se abrió de golpe. Uno de los agentes uniformados entró marcha atrás en la habitación, sacando el revólver de la funda debajo de la chaqueta del uniforme.

Por la puerta abierta vi el carrito caído de lado, las cuñas esmaltadas dispersas en el suelo. Una camillera aterrorizada estaba arrodillada contra la pared. El segundo policía trató de ayudar a la mujer, sacando disimuladamente el revólver con la mano derecha.

Miraba, a sus agresores, dos figuras pequeñas con batas blancas y máscaras, y con el incongruente logo de un grupo pop en las camisetas, que tomé por ayudantes de laboratorio más pequeños de lo normal. Sin embargo, cada uno empuñaba una pistola automática. Como bailarines bien preparados esquivaron lo que había por el suelo. El policía del pasillo empezó a levantar el revólver y entonces se oyeron dos detonaciones fuertes y rápidas, como cuando se queman unos fusibles.

Herido en el pecho, el agente cayó a los pies de los intrusos, que entraron en la sala. Por encima de las máscaras, sus ojos miraron el televisor, que en ese momento mostraba la película sobre Pangbourne Village. Oí que el segundo policía lanzaba un grito de advertencia y en ese instante una breve descarga hizo vibrar las ventanas. El agente avanzó hacia la puerta, levantando una mano como un ciego que camina a tientas, y se desplomó sobre las rodillas. Los siguientes segundos pasaron en una confusión de repentina violencia. Los intrusos fueron hasta la cama de Marión, con las armas en alto como si fueran a matar a la niña. Di un paso adelante para protegerla, pero uno de ellos se inclinó y levantó a Marión de la cama, apretujándose su cara contra el hombro. El otro se había quitado la máscara, dejando al descubierto el rostro pálido y pétreo y los ojos febriles de una adolescente. Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Mientras la chica observaba el tráfico, vi un revólver en la mano derecha de la enfermera, en realidad la oficial Doreen Cáster, del Servicio de Información de la Policía. Hubo un último intercambio de disparos que arrancó de la ventana un dentado rectángulo de cristal. Herida en ambos brazos, la agente Cáster dejó caer el arma al suelo y se agachó contra la cama.

Mientras los secuestradores huían con la niña, deteniéndose en la puerta para disparar contra mí un último tiro, los reconocí como Annabel Reade y Mark Sanger de Pangbourne Village.

Unos minutos más tarde, cuando la sala se llenó de policías, personal de seguridad y equipos médicos de urgencia, apagué el televisor. La pantalla estaba mojada de sangre, y descubrí que me habían herido en la mano izquierda.

Masacre de Pangbourne: se identifica a los asesinos

DURANTE el mes de noviembre, mientras me recuperaba de las heridas de la muñeca y de la palma, tuve tiempo de sobra para revisar mentalmente aquella aterradora escena en el Hospital Infantil de Great Ormond Street. Analizando el episodio con un comisario del Departamento de Investigación Criminal, llegamos a la conclusión de que el ataque no había durado más de veinte segundos, desde el derribo del carrito hasta la huida de los secuestradores con Marión Miller. En ese intervalo había muerto un policía uniformado y habían quedado gravemente heridos un segundo policía y una agente del Servicio de Información de la Policía. La intervención de la agente Cárter casi con seguridad salvó mi vida: parece verosímil que los secuestradores pensaban dispararnos a los dos después de deshacerse de los guardias policiales.

Su implacable eficacia confirmaba que el secuestro había sido cuidadosamente planeado. No hay rastro de la banda, y en cuanto a si Marión Miller sigue con vida sólo podemos hacer conjeturas. La idea de que los responsables habían sido dos de los niños de Pangbourne encontró una fuerte resistencia, tanto en el Ministerio del Interior como en la prensa nacional. Se había invertido un capital emocional demasiado grande en la idea de los trece niños huérfanos.

Sin embargo, Annabel Reade y Mark Sanger han sido reiteradamente identificados, no sólo por la agente Cárter y por mí mismo sino también por las enfermeras y los médicos de las dos salas donde esos adolescentes asesinos habían sido internados en observación. Habían llegado tres días antes del secuestro, aparentemente enviados a Great Ormond Street por el servicio de urgencias de un hospital del norte de Londres. Eso les dio tiempo más que suficiente para estudiar la seguridad y la distribución del edificio, y saber con exactitud dónde estaba Marión Miller. Como eran niños nadie controló sus movimientos, un problema del que no se hubiera salvado ningún secuestrador adulto.

Curiosamente, dejaron sus huellas digitales por todo el mobiliario y los utensilios de las salas, lo que sugiere que están del todo dispuestos a admitir su participación en el secuestro y, de manera implícita, en el asesinato de sus padres. Sin embargo, mi impresión es que los niños están ahora mucho más allá de ese punto donde las nociones de culpa y de responsabilidad pierden todo significado.

¿Marión Miller seguirá viva? En el Ministerio del Interior y en Scotland Yard están convencidos de que la han matado para que no revele el paradero de la banda y que el secuestro fue una chapuza. Yo, de más está decirlo, tengo la certeza de que Marión sigue con vida, algo que la lógica pesadillesca de la masacre de Pangbourne exige. Los niños mayores, así como hicieron que Marión desempeñara voluntariamente su papel en el asesinato de sus padres, la necesitan ahora para creer en la justicia de su causa. Ese tipo de fanatismo tiene sus orígenes en la unidad total. Además, los niños mayores deben de saber que dentro de un año o dos como

máximo, cuando Marión deje de ser una niña pequeña, la habrán ganado para siempre.

Explicación provisional

SE ha ofrecido una serie de teorías nuevas para explicar los asesinatos, muchas de ellas variantes de teorías anteriores según las cuales los niños son agentes de una potencia extranjera o se les ha lavado el cerebro con fármacos psicotrópicos avanzados. Incluso se ha llegado a sugerir que la masacre fue un desacertado ensayo de asesinato del Politburó del Kremlin a manos de sus propios nietos, que se pondría en marcha en caso de una guerra nuclear. El Ministerio del Interior descarta todo eso y apunta a la masacre de Jonestown. Cree que los niños quedaron bajo el influjo de uno de los adolescentes mayores, un cabecilla a lo Manson que ejercía un control mesiánico sobre los demás, seduciéndolos con la fuerza de su personalidad enfermiza. El asesinato de sus padres era el rito iniciático que permitía ingresar en su desquiciado culto. El Ministerio del Interior está convencido de que tarde o temprano la banda saldrá al descubierto, cuando reclute por la fuerza a nuevos miembros o cuando el líder se pierda en delirios de omnipotencia llevado por su propia megalomanía.

Yo tengo mis dudas. No hay indicios de que alguno de los niños mayores fuera un cabecilla, ni de que se hubiera empleado alguna forma de coacción. A pesar de los periódicos caseros, de las casetes y de los vídeos que hacían circular, los niños de Pangbourne tendían a refugiarse en actividades solitarias. Gracias a las cámaras de televisión y a los apretados horarios de recreo, los niños eran prácticamente prisioneros en sus casas.

Mi impresión es que lejos de ser un acontecimiento de enorme trascendencia para los niños, el asesinato de sus padres fue un asunto relativamente poco importante. Creo que los asesinatos propiamente dichos no fueron más que una última posdata a un proceso de alejamiento del mundo externo que había empezado hacía muchos meses, quizá años. Como ocurrió con Michael Ryan, el asesino de Hungerford, o con los numerosos ejemplos de norteamericanos armados que, enloquecidos, abrieron fuego sobre unos transeúntes, la identidad de las víctimas probablemente no tenía ningún significado especial para ellos. Mi opinión, incluso, es que para que se produzcan esos asesinatos, las muertes de las víctimas deben carecer de todo significado.

Por una siniestra paradoja, el agente de la muerte de los padres fue el abnegado y bondadoso régimen que ellos habían instituido en Pangbourne Village. A los niños se les había lavado realmente el cerebro con la ilimitada tolerancia y comprensión que había borrado toda libertad y todo rastro de emoción, ya que la emoción no era nunca necesaria en Pangbourne, ni para los padres ni para los niños.

Negada toda autoexpresión, y desactivado hasta el más caprichoso impulso por la paciencia infinita de los padres, los niños estaban atrapados dentro de un círculo interminable de actividades loables, ya que en ninguna parte se prodigaban más alabanzas y estímulos que en Pangbourne Village, fueran o no merecidos. Los niños

vivían en un estado muy parecido al aislamiento sensorial. Lejos de odiar a sus padres en el momento de matarlos, los niños de Pangbourne quizá veían en ellos nada más que las últimas rejas que había que eliminar antes de salir a la luz.

Pienso con frecuencia en Annabel Reade y Mark Sanger en el hospital de Great Ormond Street, y en sus caras inexpresivas cuando nos apuntaron con las armas. Recuerdo los experimentos de aislamiento sensorial a los que asistí en la Escuela de Medicina Aeronáutica de la base de Farnborough, y los grandes peligros que representaban para el personal del laboratorio aquellos voluntarios profundamente insensibilizados. Cualquier intento de ayudarlos a salir de sus tanques de inmersión insonorizados podía estar cargado de riesgos. En muchas ocasiones los voluntarios se habían autolesionado y hasta habían tratado de estrangular a los empleados del laboratorio mientras creían estar deshaciéndose de material extraviado que se había inmiscuido en su mundo nulo.

El mismo desapego esquizofrénico de la realidad se detecta en los miembros de la pandilla de Manson, en Mark Chapman y en Lee Harvey Oswald, y en los guardas de los campos de exterminio nazis. Uno no siente compasión por Manson y los demás, que tenían una cierta libertad de elección negada a los niños de Pangbourne. Incapaces de expresar sus emociones o de responder a las emociones de las personas cercanas, asfixiados bajo un manto de elogios y estímulos, estaban atrapados para siempre dentro de un universo perfecto. En una sociedad totalmente cuerda, la locura es la única libertad.

El desencadenante

EN los casos de Michael Ryan, Mark Chapman y Oswald uno puede suponer que la decisión inconsciente de cometer sus crímenes había sido tomada muchas semanas antes del hecho concreto. ¿Cuál fue el desencadenante para los niños de Pangbourne? Eso no se sabrá hasta que se capture e interrogue a los niños, si es que se sabe alguna vez. No obstante, la planeada visita del productor del documental para la televisión el 25 de junio pudo haber alertado a los niños de que se les acababa el tiempo. Los investigadores del programa y el elegante sociólogo que presentaría el documental también habían aceptado visitar la urbanización, y ya habían hablado con los niños mayores.

El último número de *El tormento de Pangbourne* revela que el título provisional del documental era *La nueva Samoa*, referencia a la influyente pero algo desprestigiada obra de Margaret Mead donde describe el idílico mundo de esos isleños liberados, de cuya vida se ha borrado del todo los celos, la represión y la discordia. La idea de que un sociólogo con mucha labia fuera casi a instalarse en Pangbourne durante los tres meses de filmación del programa bien pudo haber incitado a los niños a la acción.

También pueden haber influido los informes, muy divulgados por la prensa arquitectónica, según los cuales el «éxito» de Pangbourne Village había llevado a planificar la construcción a poca distancia de urbanizaciones similares, y que en dos o tres años esas urbanizaciones se fusionarían en un súper-Pangbourne con sus propios colegios, clubes sociales y orientadores juveniles, protegido por sistemas de seguridad aún más complicados.

De todos modos, los niños debían de saber que tenían apenas unos días para actuar antes de que los metieran en el documental. Sumamente orgullosos de Pangbourne Village, todos los padres estaban presentes el 25 de junio, supongo que para recibir al equipo de la televisión. Aún no se sabe cómo los niños planearon la masacre, pero mediante algunas interpolaciones imaginarias es posible reconstruir las últimas horas previas a los asesinatos.

25 de junio de 1988: la reconstrucción

5.56 horas. La primera imagen de uno de los niños en la mañana de la masacre. Una cámara muestra a Edwards, el encargado de seguridad nocturna, caminando por La Avenida hacia la caseta del guarda. Ha dado una última vuelta alrededor de la urbanización. A las 6.00 él y el agente Baines serán reemplazados en su tarea de vigilancia. La cámara, siguiendo a Edwards, recoge a Jasper Ogilvy, de diecisiete años, mirando por la ventana del cuarto de baño.

El rostro delgado e infantil de Jasper está sereno, pero el niño tiene mucho que hacer. A las 6.00 Mark Sanger, que ve la caseta del guarda desde el lavadero de su casa, transmitirá por señas que ha tenido lugar el relevo. Los domingos por la mañana ese relevo suele producirse tarde, y después los hombres toman juntos un té en la caseta, restando quince minutos al apretado par de horas siguientes. Durante ese tiempo Jasper tiene que hacer que los tres niños a su cargo (Marión y Robín Miller y Annabel Reade) estén despiertos y listos para la acción, y después salir a hurtadillas y recuperar la escopeta que ha enterrado detrás de la pérgola de rosas. Debe volver a su dormitorio con el arma antes de reunirse con Mark Sanger para cortar los cables del teléfono y de la televisión.

6.02 h. A Mark Sanger también le quedan dos horas. Además de cortar los cables con Jasper, ha de supervisar a los tres niños que se le han asignado (Andrew y Emma Zest y Roger Sterling). La tarea más difícil que tiene por delante es montar la letal trampa de bambú, todavía disfrazada de cometa con forma de caja, que cuelga del techo de su estudio, y llevarla por el césped hasta debajo de la ventana del dormitorio de sus padres. El agente Turner es un maniático de la seguridad, y Mark sabe que sólo podrá entrar en la caseta del guarda usando un cebo. En ese caso el cebo es el arma homicida.

Apoyado en la pila de sábanas de lino junto a la ventana, Mark mira con impaciencia la caseta del guarda. Sabe que tiene bastante menos autocontrol que Jasper o que el algo repulsivo Roger Sterling, pero le sorprende el sudor que le resbala por los brazos y cae sobre las sábanas (Prueba 75). ¿Dónde están los encargados de seguridad?

6.09 h. Annabel Reade escucha el despertador debajo de la almohada. En la penumbra del dormitorio ve la señal que parpadea silenciosamente en la pantalla del ordenador, Jasper la está llamando, enviándole las primeras líneas de *Rebelión en la granja*, el libro favorito de Annabel. Tiene que acordarse de borrar la señal antes de marcharse. Apaga el despertador y se levanta de la cama, tambaleante pero descansada, contenta de que Jasper hubiera insistido en que todos durmieran bien. A través de la pared oye que su hermana Gail está despierta. Teclea en el ordenador «Bola de Nieve», la señal convenida, y entra en el baño apoyando las palmas (P. 98) contra el espejo mientras vomita en la pila (P. 99). No hay tiempo ni siquiera para lavarse o cepillarse los dientes. Después de vestirse con su ropa de deportes azul,

empieza a desatornillar el deflector del pozo de ventilación encima del ordenador. Ya ve el cañón y el tambor de las dos pistolas Remington que ella y Gail usarán para matar a sus padres.

6. *U h.* A esas alturas todos los niños se habrán levantado, alertados por sus propios despertadores y por las señales en las pantallas de los ordenadores. Graham Lymington ha dormido vestido, y ya está delante del monitor cuando aparece la señal. En el cuarto de al lado, su hermana Amanda, de catorce años, se está duchando, y usa el camisón para taponar el desagüe entre los pies (P. 63), a fin de que los padres no oigan el ruido de las tuberías.

Jeremy Maxted es el único que no ha podido conciliar el sueño: ha pasado la noche en el sillón del dormitorio, mirando un canal de televisión nocturno con el sonido bajo. Deshace la cama, pero las sábanas secas y sin arrugas confirman que no ha dormido entre ellas.

Emma Zest se ha levantado a las 4.00, y pasa las dos horas siguientes sentada en el dormitorio de su hermano, mirando cómo duerme, con la ballesta entre los brazos. Una de las flechas de acero se desliza debajo del almohadón (P. 29), pero hay otras nueve, más que suficientes para sus padres y para Burnett, el guarda de seguridad perimetral.

Marión Miller también se ha levantado y vestido antes que su hermano, y está sentada en el borde de la bañera de Robin, comiendo una barrita de chocolate mientras desenrosca el cable que ha escondido dentro de la casa de muñecas y que enchufará en la armazón de acero de la bicicleta estática de la madre.

Roger Sterling, Graham y Amanda Lymington están en contacto visual con Jeremy Maxted, del otro lado de La Avenida, y se agachan para evitar la cámara de seguridad instalada en la veleta cuando barre las casas. Roger se ha atrasado: con los nervios, el día anterior se le cayó el reloj, y al despertar, a las 6.05, ve la señal que late ferozmente en la pantalla del ordenador. Rompe un cordón de las zapatillas de deporte y tropieza ruidosamente en el suelo, pero sabe que sus padres no lo oyen. En su dormitorio cercano están sumidos en un sueño pesado, profundo, del que nunca despertarán.

6.21 *h.* ¡Los guardas de seguridad del turno de día han llegado! Por fortuna no hay tiempo para el té. La espera ha sido agotadora para Mark Sanger —las sábanas en la habitación de la ropa blanca están empapadas de sudor—, pero en el momento en el que Baines y Edwards se marchan, llevándose los dos odiosos dóbermans, siente un enorme alivio. Siempre ha tenido miedo a los perros, a los que sólo se permite entrar en la urbanización por la noche (en Pangbourne Village se rechaza la tenencia de animales domésticos: ensucian el césped y son un foco de cariño que distrae la atención). Mira cómo Turner y Burnett se instalan en la caseta del guarda y entonces hace una seña a Jasper Ogilvy. Los primeros padres empezarán a levantarse entre las 7.00 y las 7.15, eso da a los niños apenas cuarenta minutos para moverse por la urbanización.

6.23 h. Jasper sale de su habitación y cierra la puerta. No se oye ningún sonido en el dormitorio del padre, pero espera delante de la puerta de la madre, escuchando aquella respiración profunda, irregular, mancada de vez en cuando por un ronquido. Con frecuencia se queda horas despierta en medio de la noche, pero luego se duerme profundamente hasta bastante después del amanecer. Jasper atraviesa el rellano y abre la caja del sistema de alarma antirrobo. Desconecta el circuito eléctrico que une las puertas y las ventanas durante la noche. Al hacerlo, sus manos sudorosas dejan unas nítidas huellas digitales (P. 110) en la palanca de plástico.

Jasper ya puede salir de casa. Entra en la cocina silenciosa, abre la puerta exterior y sale al patio detrás de los garajes. Protegido por el techo de la piscina, que impide que sus padres lo vean desde los dormitorios, avanza por el césped. Recupera detrás de la pérgola de rosas la escopeta enterrada, que lleva de vuelta a casa y esconde entre los palos de golf que guarda en el armario de su cuarto.

Después regresa al jardín. Más allá de las pistas de tenis, la entrada trasera comunica con el camino que bordea por dentro la valla perimetral, que Burnett patrullará en veinte minutos. Jasper echa a andar por el camino hasta que ve la caseta del guarda construida sobre una loma cubierta de hierba, separada de las casas por una pantalla de árboles ornamentales. Jasper abre la cortina colgante de un sauce llorón. Apoyado en cuclillas contra el tronco está Mark Sanger, con la trampa de bambú en el suelo a su lado.

6.35 h. Andrew Zest avanza entre los árboles por el fondo de La Avenida, cerca del camino que sigue el perímetro norte de la urbanización. Ése es el punto más distante de la caseta del guarda, y la cámara de vigilancia recorre el sendero silencioso vigilando cien metros hacia cada lado. Sujetos a la torre de la cámara hay una cabina telefónica y un repetidor miniaturizado de la imagen que se ve en la caseta del guarda.

Detrás de la torre hay una espesa masa de rododendros, cuyas hojas oscuras ocultan todo indicio de las casas. Graham se agacha entre el follaje y saca la ballesta de la mochila de lona. Usando la llave inglesa, ajusta el potente arco. Los pies se le hunden en la tierra blanda mientras coloca en el arma una flecha de acero. Aparta con cuidado el follaje, satisfecho de estar a sólo metro y medio de la cabina telefónica.

6.48 h. Mark y Jasper dejan al descubierto los cables telefónicos y de televisión. Durante la última semana han excavado un foso rectangular en la tierra húmeda y han cortado revestimiento de papel alquitranado y el tubo de plástico amarillo que contiene los cables. Jasper mete las tenazas de cortar alambre de acero en el foso. A su lado, Mark prepara los resortes de la trampa, doblando los brazos de bambú que inmovilizarán al agente Turner y le permitirán estrangularse.

7.00 h. Ahora los niños han terminado los preparativos. Graham Lymington ha sacado el rifle de precisión con cerrojo que guardaba debajo de las tablas del suelo del dormitorio. En la penumbra grisácea se corta el pulgar derecho con los clavos aflojados (P. 42). Se sienta en la cama y limpia el arma por última vez; después

coloca en el cargador las balas expansivas.

Annabel y Gail Reade han acabado de mandarse mensajes a la pantalla del ordenador. Annabel ha cargado su pequeña pistola Remington y la ha dejado a su alcance en el cajón de la mesilla de noche. Gail ha colocado su arma entre las piernas del osito de peluche. Sentadas en las camas de sus respectivos dormitorios, los dos niñas ven a Jeremy Maxted ante la ventana del otro lado de La Avenida, leyendo un cómic norteamericano que ha introducido a escondidas en la urbanización.

Ahora tranquilos, los niños esperan en sus habitaciones, las pantallas de los ordenadores encendidas y sin ninguna imagen, preparados para la acción inminente.

7.05 h. Los primeros padres empiezan a despertar. La señora Sanger se queda en la cama unos minutos, tomando notas para el día en la grabadora del radioreloj. «El equipo de la televisión estará aquí a las tres. Por la mañana, pedir en el taller una copia de la llave del coche. Pedir a la señorita Neame que prepare el aderezo para la langosta. Cancelar la clase de equitación y consultar a Mark sobre su programa de fin de semana...» (P. 142).

7.12 h. Charles Ogilvy anota un sueño en el bloc que tiene al lado del teléfono (P. 159). Ha soñado que navegaba por el Nilo, un viaje que hizo con su mujer tres años antes, pero en el sueño los grandes templos y pirámides habían sido reemplazados por platos...

7.29 h. Margot Winterton escucha la radio en el cuarto de baño y graba una interesante reseña cinematográfica en el magazine matutino de Radio 4.

7.45-8.00 h. Ahora todos los padres están despiertos y levantados, salvo los Sterling, que todavía están drogados por un potente somnífero que Roger logró robar durante una visita a la London Clinic. Los profesores particulares residentes, el señor Lodge y el señor Wentworth, y las dos *au pairs*, Krystal y Olga, también se han levantado. Varios de los padres hacen ejercicio en su dormitorio antes de ducharse, mientras otros, vestidos con ropa deportiva, corren alrededor de las piscinas.

8.05 h. La señora West, primer integrante del personal doméstico en llegar, estaciona su pequeña Honda en el camino de acceso posterior de la casa de los Garfield. Aparecen otras dos personas del servicio doméstico, la señorita Neame y la señora Mercier, ambas fascinadas por la esperada visita del equipo de la televisión, como aseguran sus parientes. Van cargadas de cartas y periódicos que han recogido en la oficina de Turner en la caseta del guarda. Preparan el desayuno y encienden los lavavajillas.

8.10 h. Los niños esperan. Las armas están cargadas, y donde se han preparado aparatos trampa, los letales cables eléctricos están enchufados. Ocultos entre las ramas del sauce, Mark y Jasper se han arrodillado al lado de los cables del teléfono y la televisión con los corta-alambres en la mano. Ahora la atención de los niños se centra en la casa de los Miller.

8.15 h. Más o menos a esa hora la señora Miller, relajada después de diez minutos de taichi, sube a la bicicleta estática en el gimnasio familiar. Oye que en el piso

superior su marido se está duchando. Para ella los niños siguen en la cama, y siente la tentación de prepararles una pequeña sorpresa. Se acomoda en el mullido asiento de la bicicleta. El potente motor eléctrico hará girar los pedales, balanceando el sillín y los manillares, y todo lo que tendrá que hacer es mantener el equilibrio. Mete los pies por debajo de la correa de los pedales y aferra las empuñaduras metálicas con correa de cuero de los manillares. Del motor salen unos cables que van hasta el enchufe de la pared. En el gimnasio hay muchos cables que van hasta las básculas, la cama solar y la máquina de remo, y la señora Miller no se fija en el cable de más que sale del polo positivo del motor y está sujeto al cuadro metálico de la bicicleta, entre sus piernas.

Alarga la mano y enciende la bicicleta. Inmediatamente una carga de treinta y dos amperios le recorre el cuerpo, electrizándole cada músculo y casi arrojándola de la máquina, pero está sujeta al corcoveante sillín por las correas de los tobillos y de las muñecas. Quizá en el espejo que va de pared a pared alcance a ver a Marión y a Robín, observando tranquilamente desde la puerta abierta mientras sus brazos y piernas, cabeza y torso giran locamente en ese último viaje.

Tres minutos más tarde, desde el baño, el padre escucha el curioso golpeteo que sale del gimnasio (la pierna derecha de su mujer aporreando el suelo). Cuando su hija y su hijo entran en el cuarto de baño les pregunta qué es ese ruido, pero a través del vapor ve que su hija enchufa el cable del secador de pelo. La niña se peina el flequillo rubio, apartándolo de los ojos, y se acerca a la bañera mirando al padre con una sonrisa extrañamente rígida.

8.21 h. Annabel Reade divisa a Marión y a su hermano haciendo señas desde el estudio de los Miller. La señal llega rápidamente a Mark y a Jasper, que esperan con el corta-alambres junto a los cables de teléfono y televisión ahora al descubierto. En los dormitorios, los niños esperan sentados, tranquilos, con el teléfono pegado a la oreja. Unos noventa segundos más tarde las líneas dejan de funcionar.

8.23 h. Durante los siguientes siete minutos mueren todos los adultos restantes de Pangbourne Village.

Desconcertado por la falta de imagen en la pantalla del monitor de la caseta del guarda, el agente Turner sale a revisar la cámara instalada en el techo.

Mark Sanger espera delante de la puerta con otra de las cometas que siempre anda construyendo, pero Turner está demasiado ocupado para hablar con él y lo invita por señas a entrar en la oficina. Cuando Turner vuelve a la caseta, Mark está ante la puerta del cuarto de baño. Burnett llama por radio e informa de que la cámara perimetral parece haber dejado de funcionar. Turner se sienta ante el escritorio y mira los monitores, apenas consciente de que Mark se le ha acercado por detrás, sin dejar de hablar de la cometa. El niño la levanta en el aire, haciendo una demostración de cómo volará. Se oye el chasquido de una cuerda y de repente algo aprisiona la garganta y el pecho de Turner. El agente alcanza a ver unos brazos verdes de bambú, como si lo hubiera agarrado una gigantesca mantis religiosa.

8.25 h. El doctor Harold y la doctora Edwina Maxted caminan hacia su coche, estacionado en el camino de acceso posterior, detrás del garaje. Les espera un día intenso. La doctora Edwina tiene hora en una peluquería de Reading y el doctor Harold ha de ir a buscar la cámara Súper 8 con la que grabará su conversación con el productor de televisión. Les encanta que Jeremy les haya sacado el Porsche negro del garaje antes de volver a desayunar. El motor zumba con suavidad en el fresco aire de la mañana. La doctora Edwina advierte que su hijo ha dejado una revista sobre la grava junto a las puertas del garaje. Para su sorpresa, es un morboso cómic de terror norteamericano. Se lo enseña a su marido, y el doctor Harold se queda a su lado asintiendo pensativo mientras ella levanta la revista con dedos muy cuidados. Ninguno ve al hijo sentado en el asiento del conductor del Porsche, y casi no oyen el motor cuando el coche salta por la grava hacia ellos.

8.26 h. El agente Burnett avanza por el camino perimetral hacia el teléfono de emergencia. El pivote de la cámara de la torre está trabado, y ha llamado por radio a Turner sin éxito. Burnett llega al teléfono junto a los rododendros. En la pantalla pequeña no hay ninguna imagen, y todos los sistemas eléctricos se han averiado. Abre la cabina y cuando levanta el auricular recibe en la espalda la primera flecha de la ballesta.

Julián y Miriam Reade están desayunando debajo de su araña Luis XV. Sus hijas, Gail y Annabel, entran en el comedor. Llevan ropas deportivas y sonríen con complicidad, escondiendo las manos a la espalda como si tuvieran un regalo sorpresa para los padres. Annabel se pone detrás de la madre, Gail detrás del padre, y les piden que cierren los ojos. En rápida sucesión, los dos reciben un tiro en la nuca.

8.27 h. Roger Garfield, el banquero, se está vistiendo en el dormitorio. Oye que su mujer habla en el baño, y entonces su hijo Alexander abre la puerta del dormitorio. En la mano derecha tiene una pistola automática de pequeño calibre. Alexander levanta el arma, como si le mostrara al padre algo que acaba de encontrar, y entonces le dispara al pecho. El señor Garfield se sienta en la cama, casi sin poder respirar, y aprieta con la mano la sangre que le brota a través de la camisa de lino blanca. Trata de hablar con su mujer, que está saliendo de espaldas por la puerta del baño. Su hijo falla cuando dispara por segunda vez, pero ella cae sobre el bidé al recibir dos tiros en la cabeza mientras se apoya un poco aturdida en la puerta de cristal de la ducha.

Sin fijarse en su mujer y en su hijo, el señor Garfield sale del dormitorio y camina hasta el rellano mientras la sangre le resbala por las piernas desnudas. Alexander está unos pasos detrás, pero el señor Garfield sólo piensa en el Mercedes estacionado delante de la puerta. Hay apenas tiempo para que Poole lo lleve al Hospital de Reading. Al abrir la puerta se dirige al chófer, el señor Poole, que ha oído los ruidos sordos de los disparos y ha dejado la gamuza y la cera sobre el techo del Mercedes. Antes de que el chófer pueda llegar al teléfono del coche, Alexander sale detrás del padre a la luz del sol. El chófer pisa el parterre, pero Alexander lo mata a tiros entre las llameantes achiras.

Todavía concentrado sólo en el entumecimiento que siente en el pecho, el señor Garfield sube al Mercedes por la puerta del pasajero y se acomoda en el asiento trasero. En la radio del coche habla un *disc-jockey*, pero las palabras nada significan para el señor Garfield, y el sonido pronto queda ahogado por el último tiro que le pega el hijo por la ventanilla.

8.28 h. Mark Sanger ha regresado de la caseta del guarda. Los afilados alambres de la trampa le habían hecho cortes en la mano izquierda al arrojar la armazón encima del oficial Turner, y se detiene al pie de la escalera para envolver la herida con el pañuelo. Su madre sale de la biblioteca, desde donde ha estado mirando por la ventana con el padre de Mark, desconcertada por los ruidos lejanos del Porsche chocando contra las puertas del garaje de los Maxted y por lo que parecían sordos disparos en toda la urbanización. Ha intentado llamar a la caseta del guarda y a la policía de Reading, pero la línea telefónica está cortada. Preocupada por su hijo, y sorprendida por aquellas ropas deportivas manchadas de sangre, la señora Sanger se ajusta la bata y se le acerca, pero el niño la ignora y sube corriendo por las escaleras hasta el dormitorio. Ella ha llegado a la mitad del largo tramo cuando él reaparece junto a la barandilla con la escopeta de repetición que ha ocultado entre los palos de golf.

8.29 h. También desconcertados por los disparos y por las líneas telefónicas cortadas, los Winterton abren la puerta de la casa. Jeremy Maxted está de pie junto a su ranchera Volvo, y suponen que ha ido a limpiar el coche, una de las tareas voluntarias de buena vecindad que los padres de Pangbourne han logrado inculcar a los hijos. Tranquilizada por la sonrisa burlona pero voluntariosa de Jeremy, la señora Winterton va a la cocina a buscar un cubo de agua y una gamuza. Cuando regresa al vestíbulo encuentra al marido caído sobre el felpudo. Ve que está muerto, pero se arrodilla a su lado para aflojarle el cuello de la camisa. Sólo entonces se da cuenta de que Jeremy está en la puerta del lavabo con las zapatillas manchadas de sangre.

8.30 h. A esas alturas todos los adultos de Pangbourne Village están muertos. Sólo Richard y Carole Sterling mueren juntos en su propia cama, sin salir del sueño profundo provocado por el narcótico, y sin saber que su hijo Roger los está asfixiando con sus almohadas. Las tres amas de llaves son derribadas a tiros mientras corren hacia sus coches. La última persona en morir, la tutora señora Wentworth, se ha refugiado en la biblioteca de los Lymington, y muere por un disparo de Amanda mientras corrige los deberes de la niña.

La desaparición de los niños

HABIENDO asesinado a los padres y a los demás adultos que se les cruzaron en el camino, los niños desaparecieron de la urbanización. Parecen haberse marchado cinco minutos después del último asesinato, y no hay ningún indicio sobre el método que usaron para huir. Muchos llevaban ropa deportiva, y dada la popularidad del ejercicio físico en la zona de Pangbourne, a nadie le habría sorprendido ver a un grupo de adolescentes corriendo, y la sangre seca pronto pasaría por las salpicaduras de barro de una ardua carrera de obstáculos.

Fuera del secuestro armado de Marión Miller en el Hospital de Great Ormond Street, no se ha visto a los niños. Teniendo en cuenta la especial naturaleza de su crimen, supongo que reaparecerán en alguna fecha futura, quizá en un esfuerzo espectacular por asesinar a alguna destacada figura pública. No he podido convencer de mis temores a las autoridades. En la investigación de la muerte de los padres no se ha encontrado un culpable, y hasta hoy el Ministerio del Interior cree que los niños fueron secuestrados por los asesinos.

Posdata, 8 de diciembre de 1993

HAN pasado cinco años desde la masacre de Pangbourne, y hemos tenido la primera noticia de los trece niños. Durante este tiempo no se ha encontrado rastro del grupo, y Scotland Yard supone que están muertos o en manos de una potencia extranjera. El secuestro de Marión Miller en Great Ormond Street se ve como parte de esa conspiración, y se cree que los jóvenes asesinos estaban drogados o que actuaban bajo presión.

Sólo el sargento Payne y yo tenemos nuestras dudas. Payne me sigue enviando toda la información que pasa por sus manos, pero la unidad de investigación del Departamento de Investigación Criminal de Reading ha sido disuelta hace tiempo.

Sin embargo, me ha llamado hoy para contarme que a primera hora de esta mañana ha habido un intento de asesinato de una ex primera ministra británica. Se ha corrido un velo sobre todo el asunto, pero parece que metieron a gran velocidad un camión blindado por la puerta de la casa. La explosión que siguió, en una urbanización exclusiva de Dulwich, al sureste de Londres, fue atribuida a una fuga en una tubería de gas cercana. La ex primera ministra resultó ilesa, y se la fotografió sirviendo tazas de té a los policías y a los bomberos. Como antes, sigue gozando de respeto, por no decir cariño, y ahora se la conoce a veces como «la Madre de la Nación» o «Madre Inglaterra».

Esos títulos, acuñados hace poco por un servil director de un diario nostálgico de los felices ochenta, deben de haber actuado como un acicate para los niños de Pangbourne. El mayor tiene veintidós años y la mayoría han salido de la adolescencia. Hasta Marión Miller tiene ahora trece años, y es interesante el informe de uno de los guardaespaldas de la primera ministra, según el cual el ataque fue dirigido por una adolescente de rostro severo y pelo rubio, que se apartaba compulsivamente de la frente. El guardaespaldas se preguntaba si esos gestos no serían un conjunto de señales en clave.

¿Volverán a atacar los chicos? Por lo que veo, su blanco especial es ahora todo tipo de autoridad y las figuras paternas. Así que el régimen de bondad y cariño fundado con las mejores intenciones en Pangbourne Village y que ha provocado innumerables imitaciones en las urbanizaciones exclusivas del sur de Inglaterra, por no hablar de Europa Occidental y Estados Unidos, ha alumbrado a hijos vengativos y los ha enviado a desafiar al mundo que los amaba.



JAMES GRAHAM BALLARD (Shanghái, China, 1930 - Londres, Reino Unido, 2009). Escritor británico de ciencia ficción. Un gran número de sus escritos describen distopías. Durante la Segunda Guerra Mundial fue encerrado junto con su familia en un campo de concentración japonés, experiencia que relataría en su obra *El imperio del sol*, propuesta para el Booker Prize, ganadora del Guardian Fiction Prize y que más tarde llevaría al cine Steven Spielberg en la película homónima.

En 1946 su familia se traslada a Gran Bretaña e inicia estudios de medicina en la Universidad de Cambridge, aunque no los completará. A continuación, trabaja como redactor en un periódico técnico y como portero del Covent Garden, antes de incorporarse a la RAF en Canadá, como piloto. Una vez licenciado, trabaja durante seis años como adjunto a la dirección de una revista científica, para pasar más tarde a dedicarse por completo a la literatura.